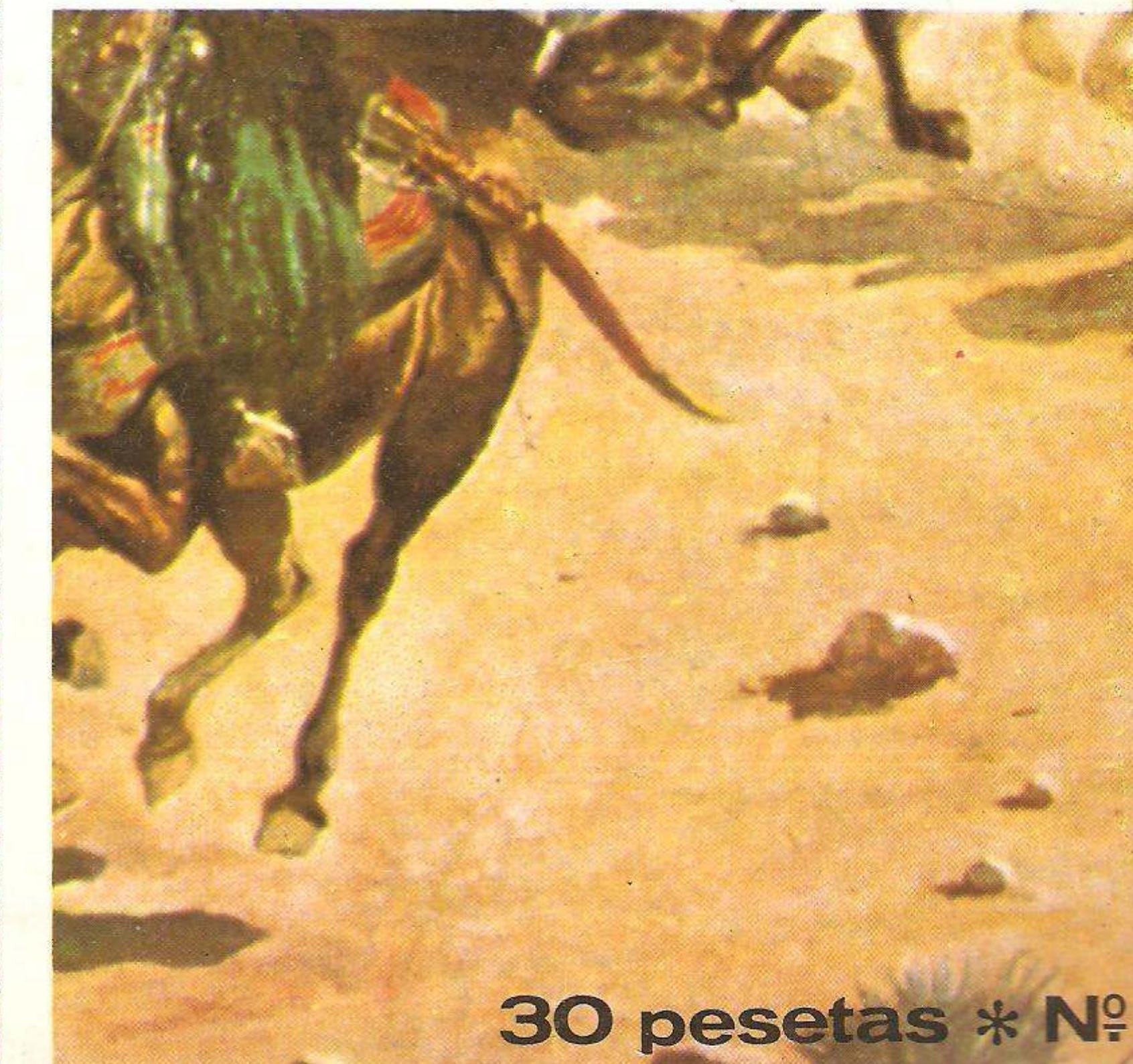
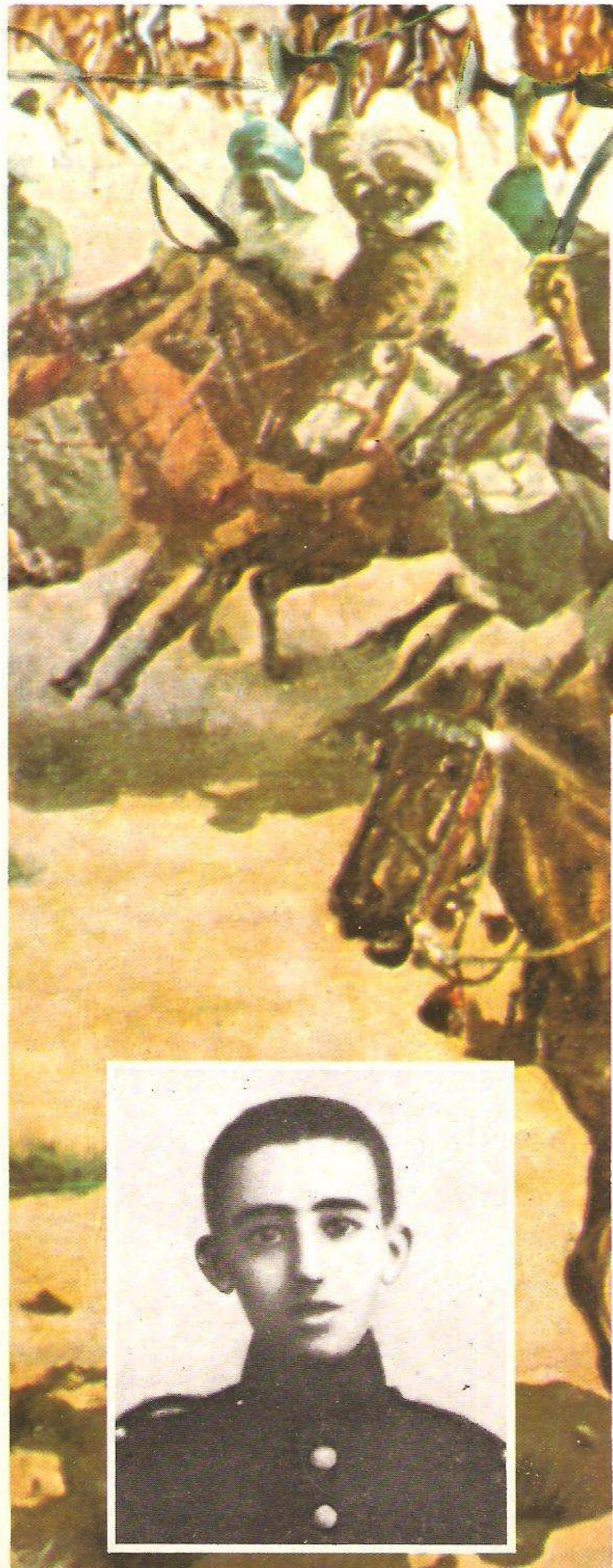


FRANCISCO FRANCO

UN SIGLO DE ESPAÑA

UN CADETE DE CATORCE AÑOS



30 pesetas * Nº 3

FRANCISCO FRANCO

UN SIGLO DE ESPAÑA

Una biografía crítica trazada sobre las últimas etapas de nuestra historia.

ESCRITA Y DIRIGIDA POR:

RICARDO DE LA CIERVA

Profesor de la Universidad de Madrid con la colaboración de un equipo investigador y realizador

DIAGRAMACION Y DIRECCION ARTISTICA:
Balboa

REALIZACION TECNICA:
Mariano Blanco

una producción de
EDICIONES ENI

Apartado de Correos 14.830 - MADRID

En cabeza de serie de sus
LIBROS DE CHOQUE

Esta publicación consta de CINCUENTAYDOS fascículos, de aparición semanal, encuadrables en DOS TOMOS. Las correspondientes tapas aparecerán conjuntamente con el último fascículo de cada tomo. En las contraportadas de los 52 fascículos se ofrece un resumen cuantificado y gráfico de la evolución socioeconómica de España y de cada una de sus cincuenta provincias a lo largo de los últimos ochenta años, con imágenes de las realizaciones más destacadas de la posguerra y de las estancias del jefe del Estado en cada provincia. Con el conjunto de estas páginas podrá encuadrarse una síntesis numérica e ilustrada de lo que han significado para España los últimos ochenta años de su historia.

FUENTES GRAFICAS

Para la ilustración de este fascículo se han utilizado los servicios de los siguientes fondos, archivos, agencias y profesionales:

Cifra, Madrid/Doctor Tapia, Madrid/Fundación Maura, Madrid/Gabinete fotográfico de la Academia de Infantería, Toledo/Hemeroteca Municipal, Madrid/Mas, Barcelona/Ministerio de Información y Turismo, Madrid/Muñoz, R., Madrid/Museo del Ejército, Madrid/Museo Naval, Madrid/Museo Provincial de Valencia/Piccadilly, N. York/Madrid/Pyresa, Madrid/Oronoz, Madrid/Sáenz de Heredia (film "Franco ese hombre"), Madrid/Santiago, Madrid/Servicio Histórico Militar, Madrid.

SUMARIO

EN ESTE NUMERO

UN CADETE DE CATORCE AÑOS
LOS CADETES DEL ALCAZAR
INFORMACION Y POLITICA DE FRANCO EN TOLEDO
LA LLAMADA DE AFRICA
LA DESPEDIDA DEFINITIVA DE EL FERROL

MARGINALIA

El escenario
TOLEDO, 1907
LA VIDA EN LA ACADEMIA
A la hora de echar cuentas
LA ECONOMIA Y LAS ARMAS
LA GENERACION MILITAR DEL 98
Ardor guerrero
EL HIMNO DE LA INFANTERIA

EN EL FASCICULO ANTERIOR

LA SOMBRA DE 1898 SOBRE EL FERROL
PRIMERA INFANCIA DE FRANCISCO FRANCO
LAS FUERZAS ARMADAS DE LA RESTAURACION
LAS NOTICIAS DEL DESASTRE
LAS CONSECUENCIAS DEL DESASTRE

EN EL PROXIMO FASCICULO

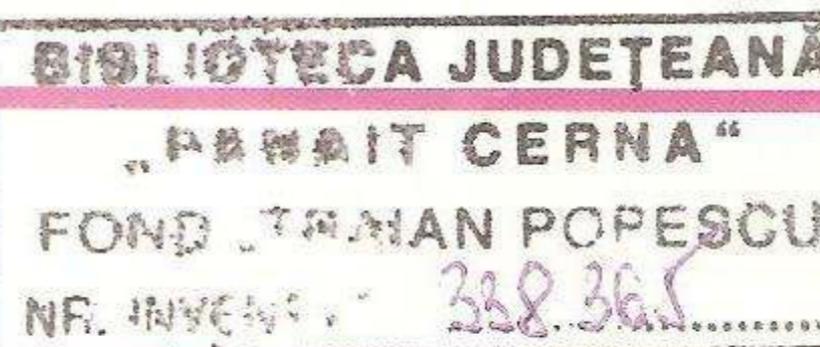
EL BAUTISMO DE FUEGO
FRANCO SE INCORPORA A LA GUERRA DE AFRICA
LA CAMPAÑA DEL KERT
EL FIN DE LA CAMPAÑA
CAMBIOS DE RUMBO
FRANCO EN LOS CAMINOS DE TETUAN

CRONOLOGIA

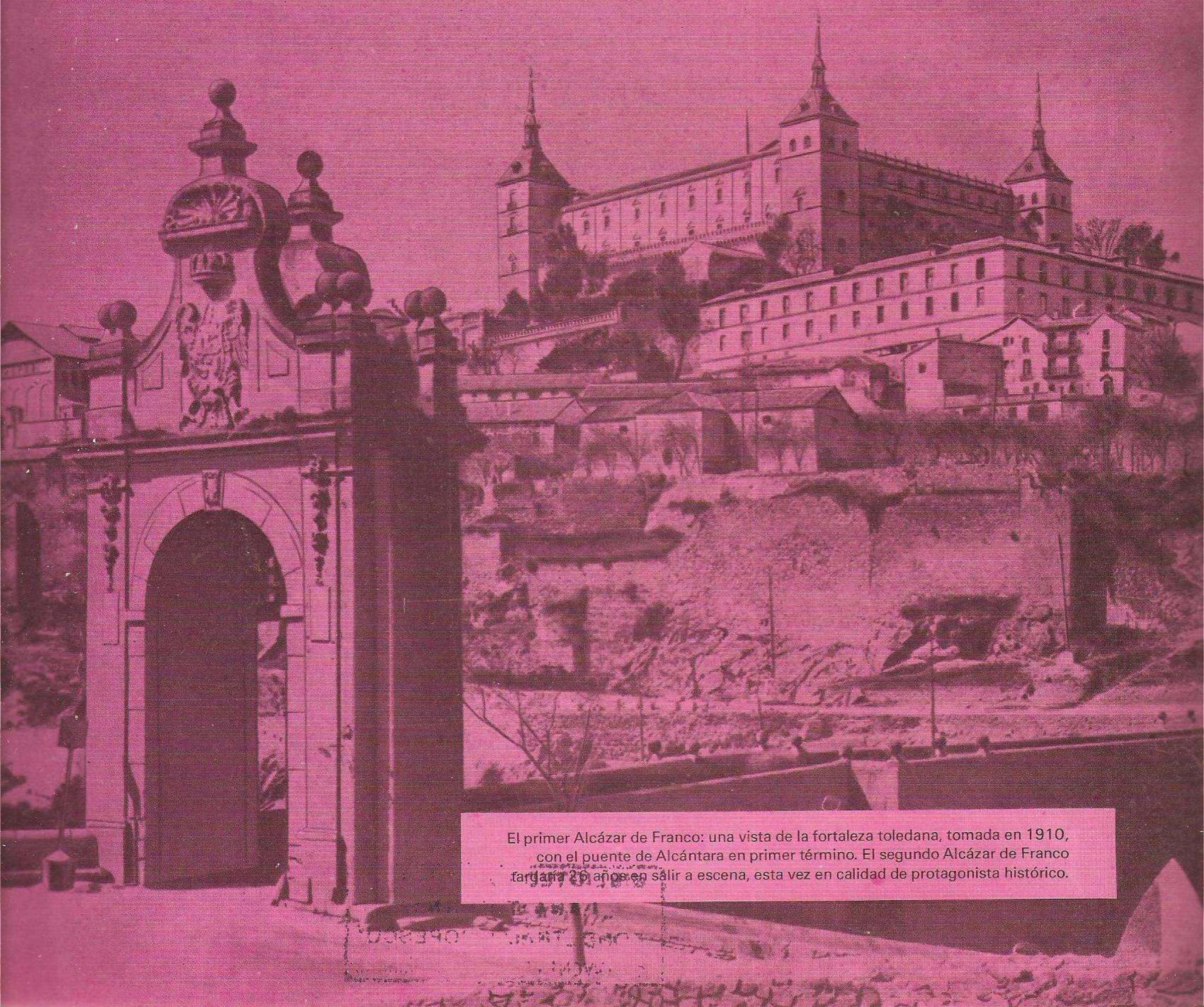
- 1859/60 Primera campaña de Marruecos.
1880. Conferencia de Madrid entre España y Francia para la solución de los problemas norteafricanos.
1893. Segunda campaña del Rif. Muere el general García Margallo.
1894. Fin de la campaña. Acuerdo entre el general Martínez de Campos y el sultán, el 5 de marzo.
1895. 11 de marzo: naufragio del **Reina Regente** en aguas del Estrecho.
1904. Tratado hispanofrancés de acción marroquí.
enero: Antonio Maura forma Gobierno.
1907. 29 de agosto: Franco ingresa en la Academia de Infantería.
13 de octubre: la promoción de Franco jura la bandera en la Academia.
8 de diciembre: se estrena el Himno de Infantería en la Academia de Toledo.
1909. En los primeros días de mayo, Alfonso XIII manda las tropas que "atacan" a la Academia de Toledo en un ejercicio táctico.
Tercera campaña de Marruecos. El día 25 de julio, el general Marina comienza la operación militar para la toma del monte Gurugú. Dos días después se produce el desastre del "Barranco del Lobo". En Barcelona comienza la "Semana trágica".
El coronel Miguel Primo de Rivera conquista, el 30 de septiembre, el Gurugú.
En octubre cae el "gobierno largo" de Antonio Maura y sube al poder un gobierno Canalejas.
A finales de enero, el ge-
- neral Marina liquida la pequeña guerra de Melilla. En marzo, D. José Canalejas consigue que se apruebe la "Ley del Canadado".
13 de julio: Real Orden por la que se concede a Francisco Franco el grado de segundo teniente de Infantería.
22 de agosto: Franco se incorpora a su destino del Cuartel de los Dolores, Regimiento de Zamora número 8 en el Ferrol.
Fundación de la C. N. T. (Confederación Nacional del Trabajo).
1911. Nuevos incidentes en Marruecos; durante el verano, el general Marina ocupa y fortifica la línea del río Kert.
Primera marcha del 2.º teniente Franco al frente de su sección (17-18 de julio).
En el mes de agosto, el teniente coronel Dámaso Berenguer crea los Grupos de Fuerzas Regulares Indígenas.
dante del 2.º Batallón y profesor de la Academia de cabos de su Regimiento.
El coronel Villalba se hace cargo del mando del Regimiento n.º 68 de África a finales de año.
1912. 6 de febrero: Franco es destinado al Regimiento n.º 68 de África.
12 de marzo: Franco desembarca en Melilla para incorporarse a su nuevo destino.
Huelga ferroviaria resuelta por la decisión de Canalejas.
12 de noviembre: Muere Canalejas a manos del terrorista Manuel Pardinas.

ADICION BIBLIOGRAFICA AL FASCICULO 3

Para la redacción de este capítulo se han consultado, además de las obras señaladas con los números 6 y 10 en la relación anterior, las siguientes:
14. Barado, F.: La vida militar en España. Barcelona, Sucesores de N. Ramírez y Cía. Editores, 1888/15. Busquets Bragulat, J.: El militar de carrera en España. Barcelona, Ediciones Ariel, 1970/16. Carr, R.: España, 1908-1939. Barcelona, Ediciones Ariel, 1968/17. Coles, S.F.A.: Franco of Spain. Westminster, "The Newman Press", 1956/18. Crozier, B.: Franco: A Biographical History. Londres, Eyre and Spottiswoode, 1967/19. Estampa, revista ilustrada, de 1928 en adelante/20. Fanjul Goñi, J.: Misión Social del Ejército. Madrid, Eduardo Arias, 1907/21. Galinsoga, L. de y Franco-Salgado, F.: Centinela de Occidente. Barcelona, Editorial "A.H.R."/22. Hills, G.: Franco. El hombre y su nación. Madrid, Editorial San Martín, 1968/23. La Cierva, R. de: Historia ilustrada de la Guerra Civil Española. Barcelona, Ediciones Damae, 1970/24. Martínez de Campos, C.: Ayer. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1946/25. Moreno Nieto, L.: Franco y Toledo. Toledo, Diputación Provincial, 1971/26. Pabón, J., Sosa, L. y Comellas, J.L.: Historia Contemporánea General. Barcelona, Editorial Labor, 1970/27. Palacio Atard, V.: Manual de Historia Universal. Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1960/28. Revista General de Marina. Madrid, de 1906 en adelante/29. Revista Técnica de Infantería y Caballería. Madrid, de 1905 en adelante.



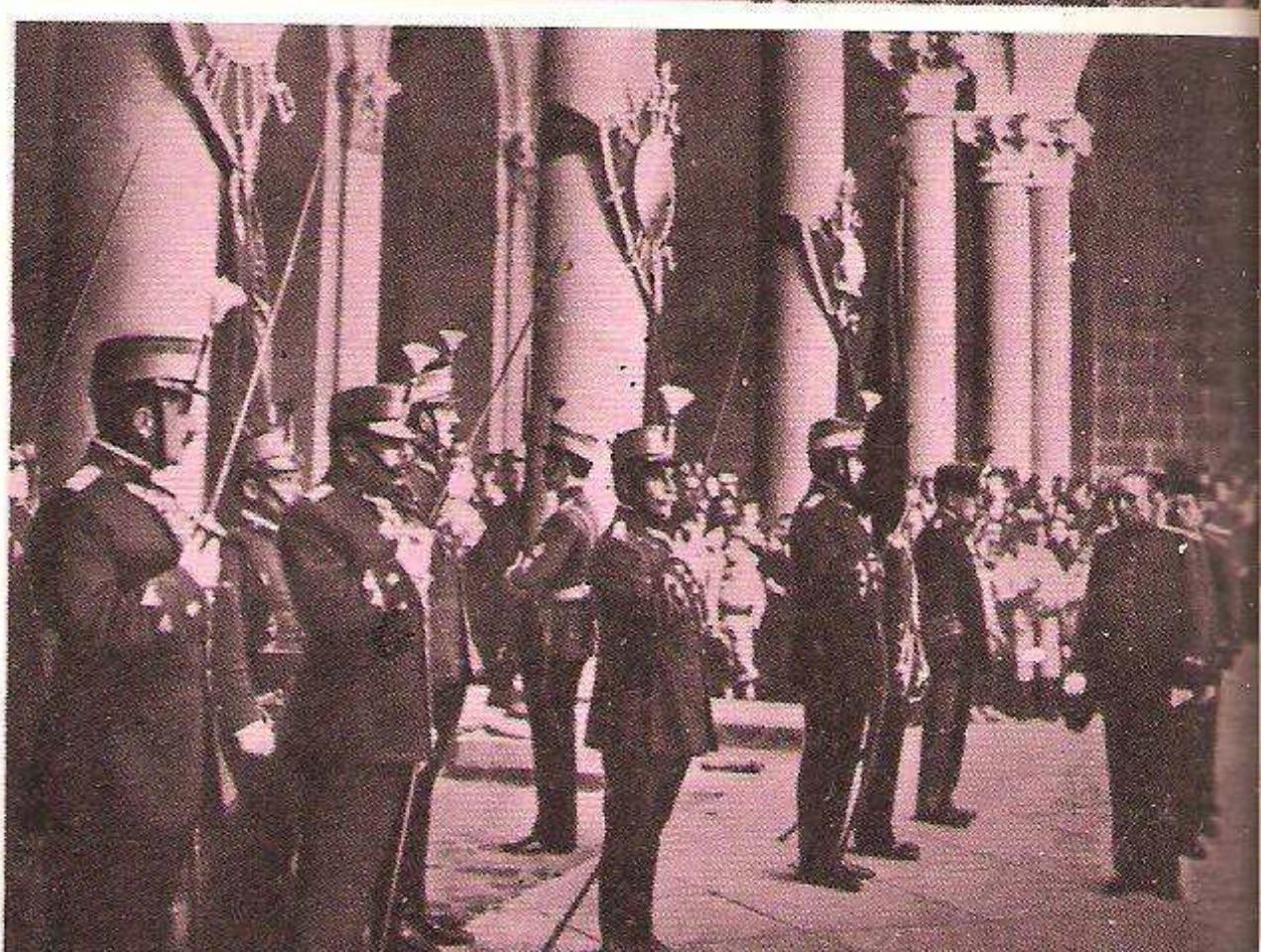
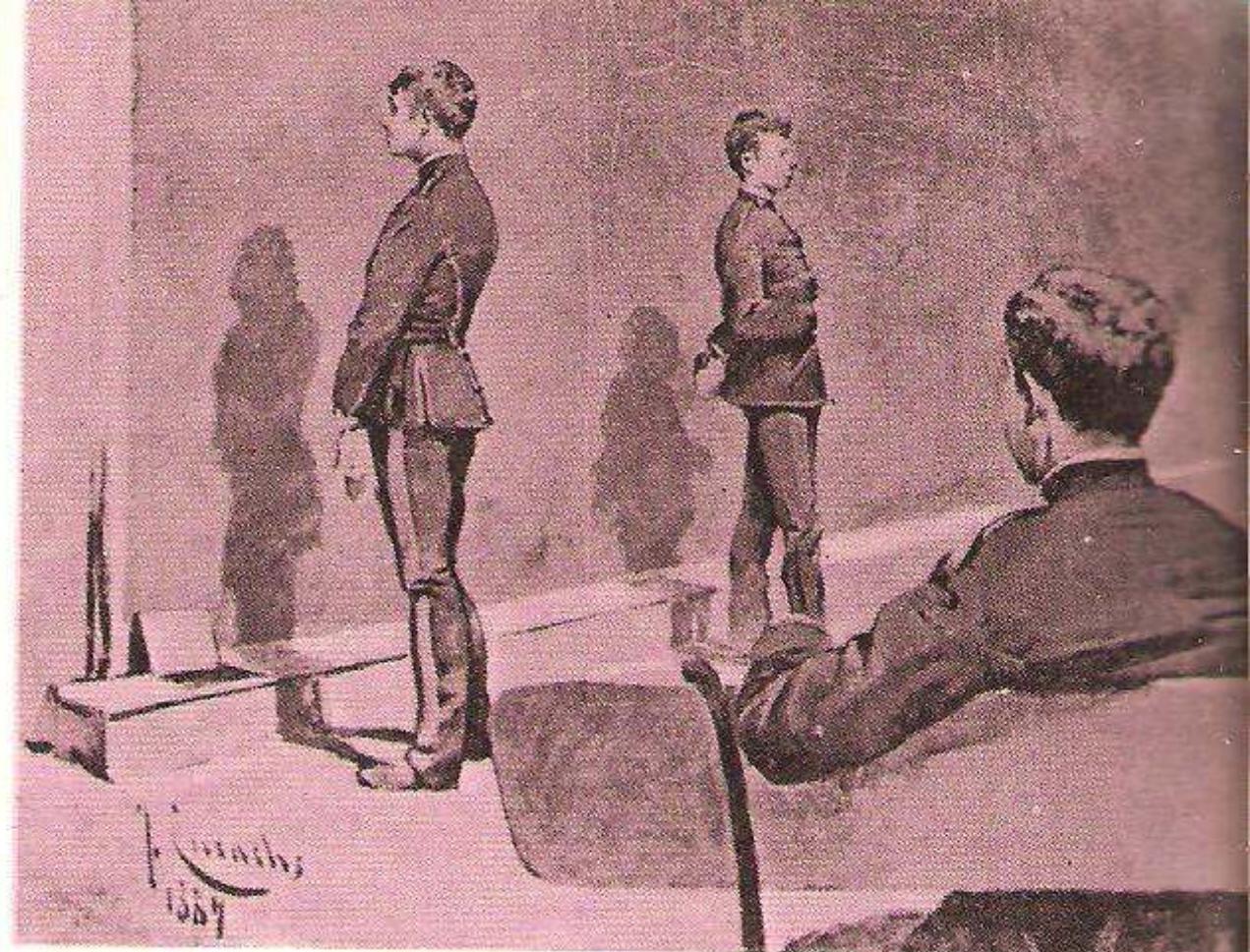
UN CADETE DE CATORCE AÑOS



El primer Alcázar de Franco: una vista de la fortaleza toledana, tomada en 1910, con el puente de Alcántara en primer término. El segundo Alcázar de Franco tardaría 26 años en salir a escena, esta vez en calidad de protagonista histórico.

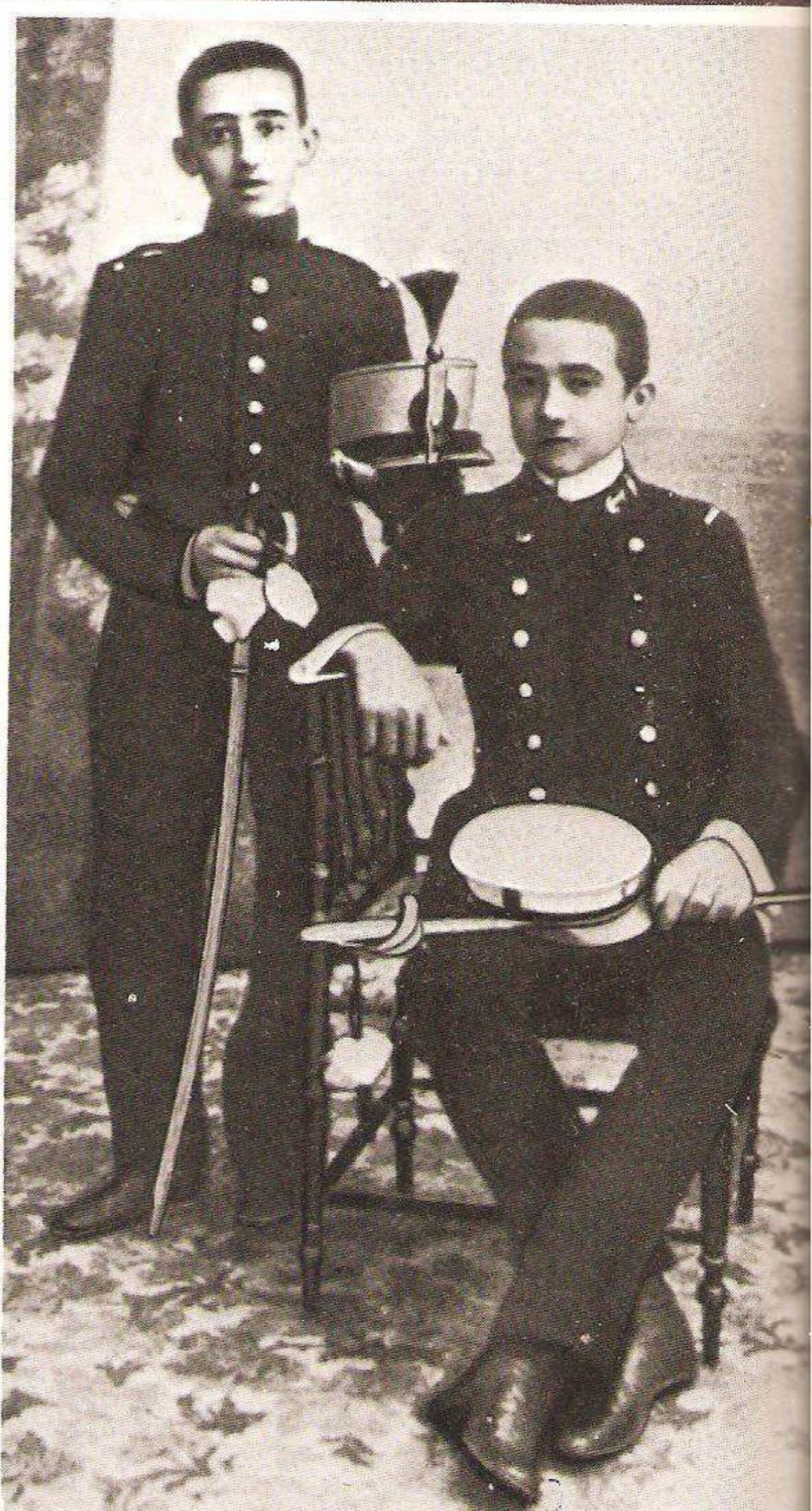


La plaza toledana de Zocodover, con los torreones de otro Alcázar de Franco —reconstruido sobre las ruinas del segundo— como telón de fondo. Cuidadosamente restaurada en 1945, la plaza, muy semejante a la que sirvió de escenario a las ruidosas expansiones de los cadetes de la XIV promoción, preside hoy, como entonces, el latido y la marcha al futuro de una ciudad anclada irresistiblemente en su Tajo y en su historia.



1. —Un significativo dibujo de Cusachs (firmado en 1887) que nos adentra en una clase de la Academia de Toledo, prácticamente igual a aquellas otras a las que asistiría el cadete Franco cuatro lustros más tarde. Toledo, 1910: la XVI promoción de Infantería jura bandera en el patio del Alcázar, mientras los emocionados familiares contemplan el acto junto a las columnas del fondo. Preside el coronel Villalba, flanqueado por los tenientes coroneles García Toledo (en primer término) y Dema.

2. —El aspirante naval Nicolás Franco (sentado) junto a su hermano, el cadete Paquito, en 1908; muy solemnes el sable y el ros para el muchacho ferrolano de 16 años, que, tal vez, hubiese preferido vestir el uniforme de Nicolás.



UN CADETE DE CATORCE AÑOS

Los cadetes del Alcázar

En el año 1907, por tanto, tiene lugar el primero de los encuentros de Francisco Franco con el Alcázar de Toledo. La vieja fortaleza de Carlos V y Juan de Herrera, por la que se escapa al cielo abierto (los pintores, ellos sabrán por qué, siempre lo interpretan como plomizo) la concentración histórica más sorprendente de Europa, volvía a recibir a los jóvenes aspirantes tras el incendio padecido en 1887. La reconstrucción

se había iniciado en 1897, al salir del Hospital de Santa Cruz, contiguo al Alcázar, la tercera promoción de Infantería, de la que había sido alumno (símbólico en cuanto a su asistencia física, pero plenamente identificado desde entonces con el Ejército) el joven rey Alfonso XIII.

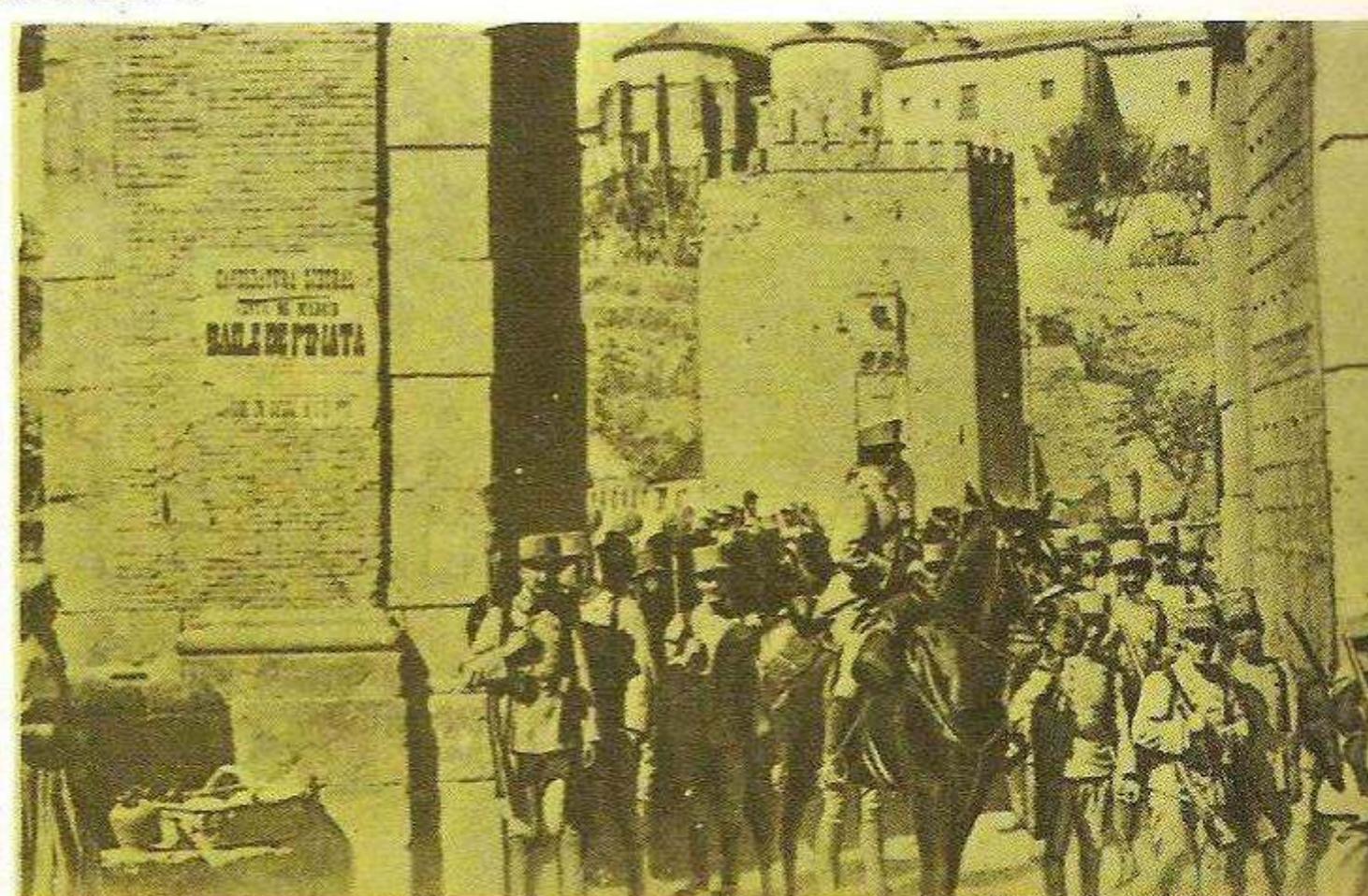
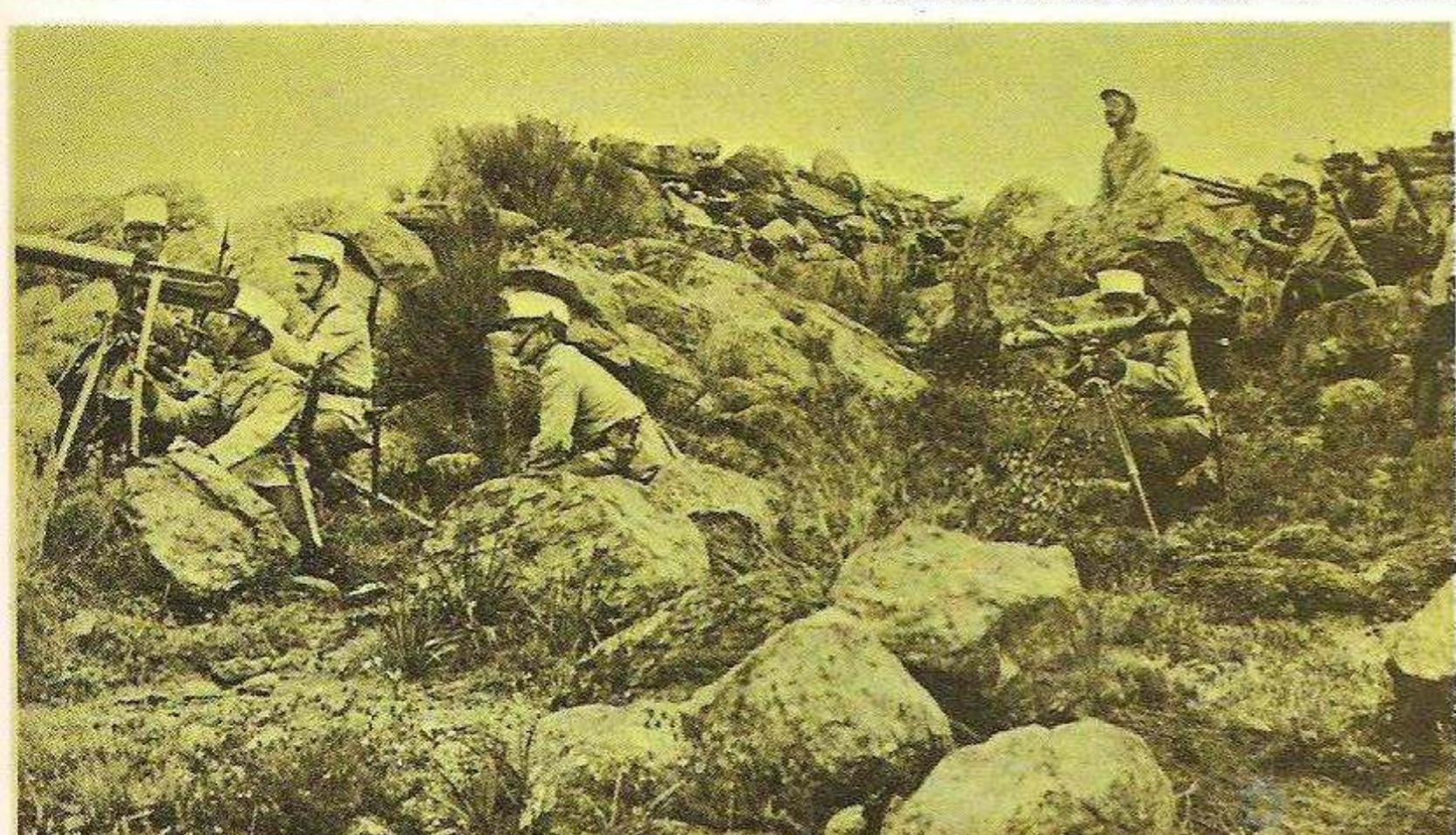
Terminaban las obras en el Alcázar cuando medio millar de muchachos esperaban, una mañana de fines de junio de 1907, el resultado de sus exámenes de ingreso, que habían realizado en numerosas tandas: Franco se examinó en el grupo 31 y abrazó con alegría a un amigo que le traía la noticia en un café



1. — Nueva y expresiva ambientación histórica de Cusachs: un cadete ante su libro (seguramente lejos de él) en el frío escenario del dormitorio colectivo; sobre el escritorio, una palmatoria como la utilizada por Franco en su primer alboroto estudiantil.

2. — Don Juan San Pedro Cea, coronel de Infantería, era el director de la Academia de Toledo en 1907, cuando ingresaba en ella la futura XIV promoción. Antes de terminar el curso, en febrero de 1908, sería relevado por el coronel Fidrich.

2



de la plaza de Zocodover: «Franquito, has aprobado». Habían aprobado con él trescientos ochenta y dos aspirantes, cuyos nombres aparecen en una Real Orden de 9 de julio. Después de mes y medio de veraneo en sus casas, los aspirantes son filiados en la Academia el día 29 de agosto. Luis Moreno Nieto, uno de los cronistas que más detalles conocen sobre el Toledo del siglo XX, describe el bagaje de los novatos:

«Un baúl, una maleta, dos sombrereras, un rímero de libros, el derecho sagrado a las migas doradas y sabrosas, y el deber igualmente sagrado de someterse a las novatadas de los veteranos».

Los veteranos son protagonistas de la primera ceremonia de la carrera militar: la entrega a los nuevos cadetes de los sables dejados en medio de las nostalgias incipientes de la Academia por los bisoños oficiales de la promoción recién salida. Mes y medio de dura instrucción, que para los alumnos de don Saturnino Suances no ofrece mayores problemas, preparan a aquellos muchachos de toda España para el gran día 13 de octubre, la jura de la bandera. El ceremonial es el mismo de siempre: los alumnos formados, los familiares en el claustro alto del patio del Alcázar, la arenga del coronel director, San Pedro Cea, la fila

de aspirantes que, tras repetir emocionados la fórmula ritual, pasan rápidamente, descubiertos, bajo la bandera.

Pronto quedan atrás los ecos: «¿Juráis a Dios y prometéis al rey seguir constantemente sus banderas, defenderlas hasta verter la última gota de vuestra sangre, y no abandonar al que os estuviere mandando en función de guerra o preparación para ella?

—Sí, juramos.»

A lo que respondía el capellán, descubriéndose:

«—Y yo, en cumplimiento de mi sagrado ministerio, ruego a Dios que si así lo hacéis, os lo premie, y si no, os lo demande.»

Muchos años más tarde, un sábado desquiciado de julio, aquellos niños, convertidos en hombres maduros, iban a enfrentarse con la más dura y desgarradora decisión de sus vidas: interpretar personalmente el contenido todavía válido de ese juramento.

Pero tales encrucijadas históricas estaban aún muy lejos de la alegría desbordante de un grupo de mozos recién transformados en la XIV promoción del arma de Infantería; terminada la ceremonia se unirían a sus familiares y se desparramarían por la ciudad imperial, clerical y castrense que les iba a albergar

Dos imágenes de la vida en la Academia, tomadas entre 1909 y 1910; la primera recoge un ejercicio de la Sección de ametralladoras del batallón de alumnos; la segunda, una escena que se repetía cada primavera y constituía un acontecimiento local: la salida del Alcázar de los cadetes con destino al campamento exterior. Entre los muchachos que dejan la ciudad por el histórico puente de Alcántara está el cadete Francisco Franco.

durante los tres primeros años de su vida militar. En el desfile que había cerrado el acto todos los cadetes marcharon con el fusil reglamentario al hombro. Las semanas de instrucción les habían hecho acreedores al privilegio, inclusive a aquellos que al principio solamente pudieron disponer de un pequeño mosquetón. Entre estos últimos estaba Francisco Franco, quien en medio de la solemnidad de los discursos conmemorativos del 50 aniversario de la jura se creería obligado a puntualizar, medio en broma, medio en serio, que no fue él única excepción en la posesión inicial de mosquetón en lugar de fusil, como pretendía su compañero Camilo Alonso Vega.

El artillero británico George Hills,

El escenario TOLEDO, 1907

Del libro de Luis Moreno
Nieto Franco y Toledo son estos
toques ambientales de la prime-
ra llegada del cadete ferrolano
a la ciudad imperial:

«¿Cómo era la Academia de Infantería y cómo el Toledo que acogieron a Franco en aquel día 26 de junio de 1907?

A más de medio siglo de distancia llaman la atención las condiciones que entonces se exigían a los que deseaban ingresar en la Academia. Algo así como un ingreso en el bachillerato de hoy día. Los aspirantes a cadetes debían tener por lo menos trece años, pero el ingreso era desde los catorce a los dieciocho ordinariamente. Debían saber la doctrina cristiana, leer y escribir correctamente, las cuatro reglas aritméticas y la gramática castellana, "ser de buena configuración" y salud, haber pasado las viruelas o estar vacunados. Los hijos de jefes u oficiales debían presentar la copia del real despacho del último ascenso de su padre; los hijos de paisanos precisaban una previa información judicial de limpieza de sangre.

Además del equipo, los cadetes habían de costearse la pensión, que se cifraba en ocho reales diarios, abonables por semestres anticipados, más el importe de otro semestre como fianza.

Integraban entonces el personal de la Academia cerca de un millar de jefes, oficiales, alumnos y soldados, bajo el mando de un general director, que tenía a sus inmediatas órdenes un secretario, un coronel sub-

director y un oficial encargado del archivo. Existía también entonces un jefe del detall que ostentaba el grado de coronel; un jefe de estudios, un capitán y cuatro subalternos por compañía; dos profesores por compañía y dos capellanes castrenses, dos médicos cirujanos del Ejército, tres maestros de idiomas, tres de geografía, dos de esgrima, uno de gimnasia, un armero, un sargento primero, cuatro cabos, un trompeta, doce cornetas, doce tambores, veinticuatro soldados de Infantería y otros tantos de Caballería para el servicio de la guardia exterior, ordenanzas para los jefes y asistencia para los 24 caballos destinados a la escuela de equitación, y, por último, 600 cadetes distribuidos en seis compañías y cuatro brigadas, con un brigadier y dos subbrigadiers, cada uno formando un batallón con bandera. Existía también un profesor de baile.

En sus paseos domingueros entonces los cadetes convivían con la ciudad mucho más estrechamente que ahora. Franco y sus compañeros se entremezclaban en las calles con los turistas que ya por aquella década eran numerosos en Toledo.

Un cronista toledano aludía al turismo que irrumpía en la ciudad con la primavera: "Una multitud de excéntricos extranjeros, tan raros y estafalarios en el vestir como en el hablar y en sus costumbres..." Y a su hábito de arrojar monedas a la chiquillería, que se las disputaban por el suelo. Esto desarrollaba el acoso a los excursionistas no sólo por parte de los chicos, sino de grandulones, entre ellos no pocas mujeres.

Ya las tiendas de damasquinos hacían entonces muy buenos negocios. Muchos turistas, especialmente americanos e ingleses, hacían grandes compras, pagando en cheques. Las empresas de coches de tracción animal ganaban también mucho con el turismo.

Otra de las estampas toledanas del año 1907 que impresionaron gratamente al cadete Francisco Franco fue la de los martes en Zocodover. Este mercado semanal de Zocodover evocaba el típico zoco marroquí. Los tenderetes, esparcidos por el amplio trapecio, ofrecían al comprador, en cajones y sobre el suelo, rústicas vajillas, pieles, herramientas, ropa, semillas, comestibles, quesos, herrajes, todo revuelto, a la usanza mora, sin orden ni concierto.

Por el verano de 1907 el gobernador civil, señor Coello, prohibió la circulación de los pianos de manubrio por las calles toledanas; pero su sucesor, don Alvaro Saavedra, levantó la prohibición y los organillos reaparecieron en la vía pública. Sus mejores parroquianas eran modistillas y sastras, ante cuyos talleres se detenía el manubrio, tocando piezas y más piezas, hasta agotar las perras de las muchachas... y amenizando así un poco su larga jornada monótona de costura, retribuida entonces a la semana con unos reales.

Los periódicos toledanos de entonces, siguiendo las costumbres en general, eran muy dados a publicar versos; unos literarios o humorísticos; otros, comerciales, pues aun los comerciantes se contagian del prurito poético de la época.

Solía el batallón de cadetes de la Academia realizar ejercicios de instrucción en la Vega Baja y desfilaba con la música por Zocodover, al bajar y subir de aquella explanada de extramuros. Entre los cadetes había adolescentes y aníados, que, al desfilar, llamaban la atención del público entre los centenares de alumnos del batallón. En vez de fusil llevaban mosquetón al hombro y de vez en cuando tenían que precipitar la marcha, con uno o dos pasos rápidos, para acompañarla a la de los mayores.»

que sigue siendo en este capítulo toledano el más completo y profundo de los biógrafos, ha recordado que Franco ingresaba en Toledo a la vez que el futuro mariscal Bernard Law Montgomery era admitido en Sandhurst, la academia británica para oficiales donde se había formado el rey Alfonso XII y de la que había partido el famoso manifiesto de la Restauración española. No hay inconveniente en aceptar en lo esencial su análisis y sus críticas. Los orientadores de la enseñanza militar española estaban demasiado obsesionados por Sadowa y Sedan y mantenían su admiración por lo prusiano incluso cuando el ejército alemán había abandonado ya casi todas las normas de aquella época gloriosa. En el *Reglamento provisional para la instrucción táctica de las tropas de infantería*, texto publicado precisamente por la Academia de Toledo en 1908 y al que Franco y sus com-

pañeros acomodaron sus estudios, se daba por supuesta la preferencia decisiva del arma sobre todas las demás; consideraciones históricas más bien remotas identificaban en este caso el sincero patriotismo con el espíritu de cuerpo, en una época en que todos los ejércitos de Europa prestaban mucha mayor atención que España al desarrollo de la artillería y de los servicios de apoyo logístico:

«La misión de la infantería —se dice en este Reglamento— exige grandes penalidades al atravesar las zonas más mortíferas del terreno que separa a ambos adversarios. Dicha arma necesita, por tanto, estar animada de un espíritu levantado que la arrastre a llegar al contrario y a vencer a todo trance, salvando las mayores dificultades y obstáculos. Para ello hay que educar el corazón del soldado, inculcándole el patriotismo, el amor a la bandera y al rey, el valor, la

disciplina, la abnegación, el honor y el sentimiento del deber».

El crítico militar británico antes citado cree que los ideales del párrafo que acabamos de transcribir «eran cumplidos, sin lugar a dudas, a rajatabla en Toledo. En tal sentido la capacitación moral era casi insuperable». En cuanto a las enseñanzas del plan de estudios, parece claro que el entrenamiento de tipo físico se conseguía al mismo nivel que en las mejores academias extranjeras mediante la esgrima, la gimnasia y la equitación. La enseñanza militar española de aquella época adolecía, como la de cualquier otra carrera, de excesivo predominio de lo teórico sobre lo práctico; pero, a pesar de todo, las prácticas de los cadetes alcanzaban un nivel de intensidad y adecuación notablemente superior al logrado por las enseñanzas aplicadas de tipo universitario e incluso técnico. La formación humanística de



Dos fotografías tomadas en Toledo, en 1908, muy directamente relacionadas con la vida de la Academia de Infantería. En la de arriba, el presidente del Consejo, Antonio Maura, pronuncia en el patio del Alcázar un vibrante discurso ante el rey y el infante Fernando de Baviera, en el curso de un acto celebrado el 14 de julio con motivo de la entrega de despachos a los alumnos de la XII promoción. Desde su puesto en la formación, el cadete Franco estaba presenciando el acto. En la imagen inferior, el compositor Fernando Díaz Giles, un compañero de promoción de Franco que andando el tiempo alcanzaría un lugar destacado en la parcela lírica del teatro español, da los últimos toques, ante el piano del Casino de Toledo, a su partitura más difundida: el Himno de la Academia de Infantería, estrenado aquel mismo año de 1908 y pronto convertido en bandera musical del Arma. Cincuenta y dos años más tarde, ese mismo himno iba a servir de marcha fúnebre en el entierro de su autor, pese a su dilatado alejamiento de la vida militar.



los alumnos del Alcázar se circunscribía casi exclusivamente a la historia, que se enseñaba allí por el mismo método memorista y acrítico que en la universidad, donde tampoco se adentraban casi nunca los catedráticos en el estudio del siglo XIX. La enseñanza de las asignaturas profesionales, topografía, táctica y estrategia era aceptable en el terreno teórico, pero poco individualizada y poco imaginativa. A pesar de ello, los jóvenes oficiales de Toledo consiguieron improvisar, por encima de sus textos, un dispositivo tan adecuado a la imposible guerra africana, que después de largas vacilaciones y trágicos reveses serían ellos mismos los que consiguieran, entre 1923 y 1927, acabar con la primera guerra colonial de signo contemporáneo que terminó con victoria para la potencia administradora. La primera y la única, si exceptuamos las algaradas soviéticas en la segunda postguerra mundial.

No pequeño mérito de la Academia toledana era convertir en auténticos oficiales a unos mozos de quince años sin más experiencia de la vida que la recibida en un ambiente por lo general modesto y provinciano; los cadetes británicos ingresaban en Sandhurst después de unos estudios medios prolongados hasta la edad de 19 años.

Los defectos de la enseñanza militar española se debían más a las concepciones anticuadas de la suprema política militar que a la preparación del profesorado de Toledo; dentro de los límites de la época, este profesorado podría considerarse como excelente. Pero un ejército que duplicaba en efectivos humanos al británico poseía un arsenal artillero de 352 piezas en aquellos años, frente a las 1.380 del ejército donde iban a servir los cadetes de Sandhurst; las academias británicas para la formación de oficiales de artillería, ingenieros y ser-

vicios admitían a tantos alumnos como la de infantería, mientras que en España la desproporción numérica a favor de Toledo era enorme. Lo más grave es que los modelos que condicionaban la enseñanza militar estaban extraídos más de los libros que de la realidad inmediata; por temor a herir susceptibilidades, las guerras que condujeron a la paz de la Restauración y al desastre de 1898 no eran objeto de la debida consideración y análisis en el Alcázar.

Algún que otro biógrafo panegirista ha seguido con varia fortuna y no poca imaginación la trayectoria de Paquito Franco (a quien desde el primer día de Academia todos sus compañeros llamaban «Franquito») a lo largo de sus tres años como cadete del Alcázar. No nos atrevemos nosotros a tanto. La vida de Franco en Toledo sería como la de otro cadete cualquiera; destacó en algunas cosas, pero otros alumnos destacaron

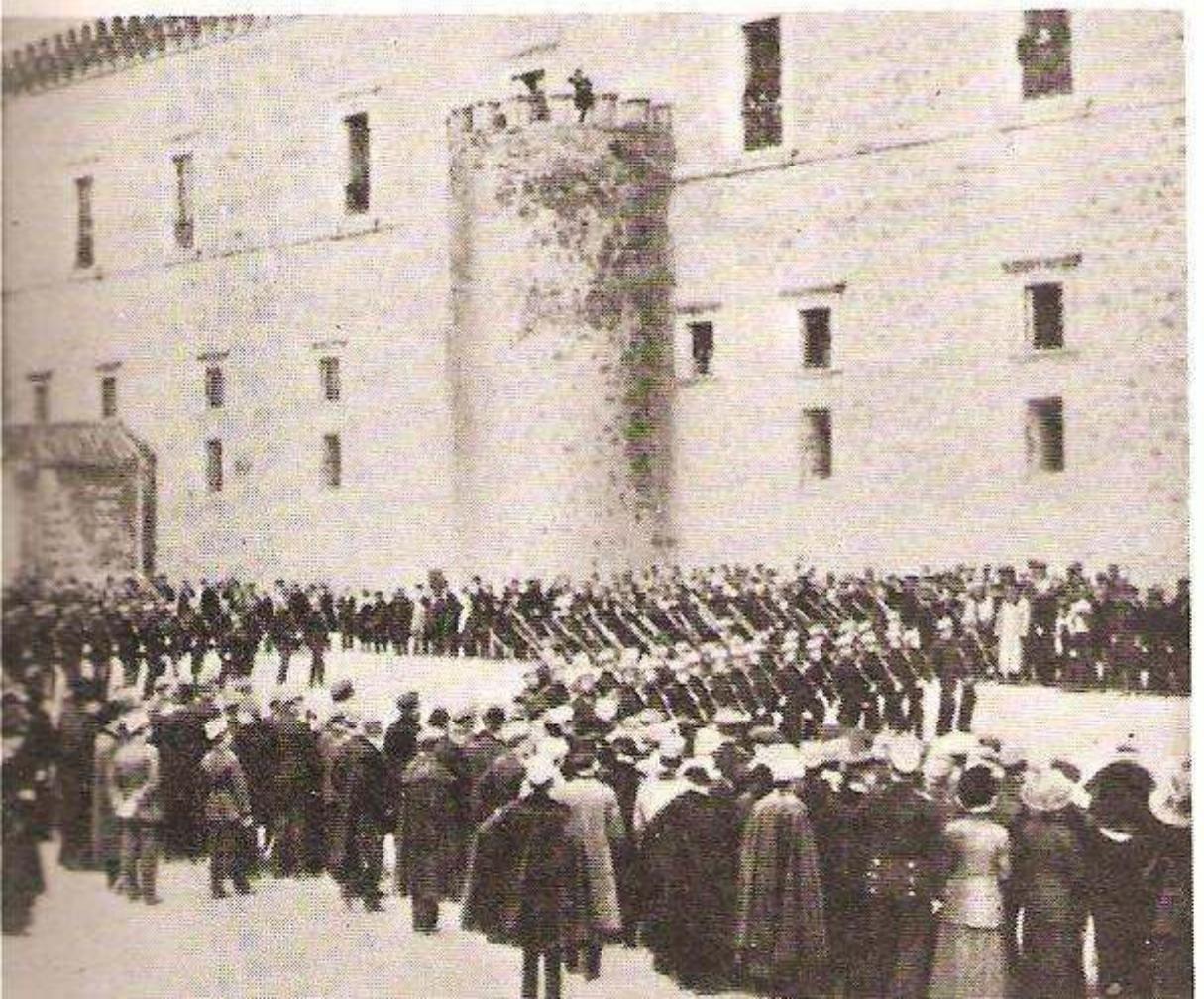


1. — El segundo de los directores de la Academia toledana que conoció Franco fue el coronel don Luis Fidrich Domec, que sucedió a San Pedro Cea y cesó en abril de 1909, después de ejercer la dirección del centro poco más de un año.

2. — He aquí otras dos imágenes relativas a la Academia, captadas durante la estancia de Franco en ella: la mascota de su promoción —un perro hábilmente adiestrado— y el paso de sus componentes por Brunete en el curso de unos ejercicios. —No era fácil predecir a uno de sus fatigados cadetes que se adentrarán en el pueblo el significado recíproco que iba a suponer el binomio Brunete-Franco veintisiete años después.



Toledo ha sido siempre —por lo menos hasta su reciente apertura universitaria, industrial y turística— una tranquila ciudad de clero y milicia. Bien lo evidencia esta fotografía de 1912, cuando un público sumamente institucionalizado (en el que brillan los enormes sombreros femeninos sobre modas que se dirían de hoy) acude a presenciar un desfile de los cadetes por la explanada del Alcázar.



tanto o más que él. Al ser tomada su filiación se pasó a la primera página de una hoja de servicios en blanco la talla del aspirante: 1,645 metros, estatura pequeña, pero casi normal en aquella época. Aparte de la controvertida escena del mosquetón, no hay discrepancias en el relato de su primera novatada: sus compañeros de dormitorio le escondieron los libros debajo de la cama. Si es sintomático que para fastidiar a Franco sus nuevos amigos no pensasen cosa mejor que esconderle los libros; el mozo ferrolano traía ya de lejos su afición a concentrarse en la lectura, y, muchos años después, sus compañeros recuerdan sus tardes de meditación y estudio privado, en las que el alumno de primer curso se dedicaba a sus dos asignaturas favoritas: la topografía y la historia militar y política. Resulta bastante ilustrativo evocar que la dura reacción del novato ante la broma de los libros —estrellar una palmatoria sobre el grupo de bromistas escondidos— se debió, según confesión propia, a que las novatadas, en general, le parecían una estupidez. La precisión del arma arrojada fue suficiente para que en el dormitorio se entablase una lucha que terminó en un parte contra Franco, y en la presentación del acusado ante el director. Pero, por la ausencia de sanciones a los compañeros, pronto se supo en el dormitorio que Franquito no había contado nada sobre el incidente, del que se hizo único responsable. Y en aquellos cadetes, que no constituyan precisamente un grupo de intelectuales, empezó a despertarse entonces cierta admiración por el galleguino serio que prefería leer a chiclear por la plaza de Zocodover.

Así pasaban las semanas y los meses —inviernos helados, veranos casi insopportables— hasta que la llegada de Navidad y de julio suponía, cada año, el ansiado permiso de vuelta a casa. Pocas efemérides señala la pequeña historia de aquellos años que tanto influyeron, en medio de su patriótica monotonía, sobre la trayectoria futura de Franco hombre y Franco militar. En febrero de 1908, hay cambio de director de la Academia. A San Pedro Cea sucede el coronel don Luis Fidrich Domec, que no llegaría a terminar el curso al frente del centro. El 8 de diciembre de 1908, fiesta de la Patrona del arma (y a raíz de un trágico acontecimiento que se relata en otro lugar de este capítulo y que confirmó

Victoria Eugenia de Battenberg, la reina más bella de la Historia de España desde Isabel de Portugal, en retrato de Laszlo, fechado en 1918. Es fácil imaginar el entusiasmo y bizarría con que desfilarían los cadetes de los años diez ante tal soberana.

la repulsa de Franco contra las novatadas), los cadetes de las promociones XIII, XIV y XV estrenaron el difícil himno de la Academia; salieron perfectamente de la prueba, porque no en vano formaba entre ellos el autor de la música. El 30 de diciembre de ese mismo año es importante para la vida de Franco: recibe su primera condecoración. Se trataba de una distinción colectiva y punto menos que simbólica; la medalla de plata de los Sitios de Zaragoza, concedida a todos los militares españoles en activo como recuerdo del primer centenario de la resistencia aragonesa contra los mariscales de Napoleón. Pero la aplicación a los alumnos de Toledo del real decreto del 9 de julio —Franco supo la noticia cuando se encontraba en uno de sus períodos de vacaciones navideñas, en casa— supuso ocasión para el primer orgullo profesional del joven infante.

Colectiva también, pero más directa, fue la inclusión en la hoja de servicios de Franco (y de todos sus compañeros) del agradecimiento regio por la visita de los monarcas de España y Portugal al Alcázar, en el otoño de 1908. No fue difícil para los cadetes evolucionar con gallardía y eficacia ante la reina más bella que tuvo España en toda su historia; pero nadie podía pensar entre la parada y los festejos que uno de aquellos oscuros cadetes iba a suceder, tras un intervalo trágico, al joven y esperanzador rey Alfonso en la jefatura del Estado español, desde la que llamaría para sucederle, por su propia virtud —en el sentido que a la palabra diera Niccolò Machiavelli—, a un descendiente del monarca.

A comienzos de mayo de 1909 hay nueva visita regia al Alcázar. Alfonso XIII toma parte en unas importantes maniobras de fin de curso mandando brillantemente el «ataque» a la fortaleza al frente del regimiento de León. Una inscripción en una roca ribereña del



Tajo dejaría memoria duradera del hecho.

En la biografía toledana del joven cadete no hay ya constancia de ningún otro acontecimiento de especial relieve hasta la promulgación de la real orden de 13 de julio de 1910, firmada por el ministro Aznar en nombre del rey, en virtud de la cual se concede al alumno Francisco Franco Bahamonde (número 251 en una lista de 312 nombres), tras haber superado sus estudios y pruebas finales, el grado de segundo teniente de Infantería (conocido antes y después de esa época por el más tradicional nombre de alférez), con antigüedad de la fecha. Con diecisiete años para la primera estrella sobre su guerrera. Y la etapa toledana culmina en el patio del Alcázar, con la solemne entrega de despachos a la XIV promoción. Esta vez la arenga corre a cargo del tercer y último director que guió los estudios de Franco y sus compañeros: el coronel José Villalba Riquelme, perteneciente a toda una dinastía militar. Cuando en julio del año anterior, 1909, estallaba de

nuevo la intermitente guerra de África, el director Villalba había pedido insistente, sin éxito por el momento, el mando de un regimiento en primera línea. Por un emotivo discurso posterior de uno de los miembros de la XIV promoción, Camilo Alonso Vega, se sabe que los cadetes estimaban a sus profesores sabios, pero idolatraban a los que habían llegado a la Academia con fama de héroes. Todo el último curso de Francisco Franco en Toledo fue, a las órdenes de Villalba, un año con la mirada puesta en África. La promoción entera había pedido marchar a Melilla. Pero Francisco Franco tuvo que contentarse, por el momento, con volver otra vez a casa, como segundo teniente del regimiento de Zamora número 8, de guarnición en El Ferrol. Al cuartel de los Dolores se incorporó al terminar su permiso del verano de 1910.

Junio de 1910. El Alcázar ha quedado atrás en el horizonte personal del segundo teniente Francisco Franco. Pero Franco y el Alcázar volverán a encontrarse.



LA VIDA EN LA ACADEMIA

La vida del cadete en la Academia toledana apenas ha variado con el transcurso del tiempo. Horario rígido, instrucción, clases, estudios, novatadas, galanteos a la hora de paseo... Una estampa gráfica de cómo se desenvolvía a finales del siglo pasado es esta fingida carta de un novato a su familia, incluida en el capítulo *La vida en la Academia* de un libro, publicado en 1888 por Francisco Barado bajo el título *La vida militar en España*, de la que se ofrecen los párrafos más informativos:

«El día que llegué me filiaron, destinándome a la 3.^a compañía acuartelada en un edificio de nueva planta, contiguo al Alcázar, y llamado Los Capuchinos, edificio de excelente construcción, alegre aspecto y hermosas vistas. Pero no entré en la compañía sin

pasar antes por el almacén de la Academia, donde me entregaron el complemento de mi reducido menaje (una silla, un candelero, dos colchas, un portavaso y otros objetos de menos monta), y donde tuve que presentar todas las prendas de uniforme para su confrontación con los modelos reglamentarios. Verificado esto, trasladéme al local donde se hallaba mi compañía, una sala limpia y de claras luces, adosadas a cuyas paredes veíanse buen número de papeleras y de camas. El oficial de servicio me indicó las mías y yo me quedé hecho un poste frente a la papelera, perplejo y contrariado, pues no sabía como arreglarme para colocar en debida forma mis papeles, mis libros y mi ropa. En esta situación me encontraba, cuando apareció por allí un alumno antiguo, un amable muchacho que se prestó a enseñarme el modo de arreglar mi reducido equipo.

Bromas de mejor o peor género, me tuvieron aburrido y agitado los días que mediaron desde el de mi llegada hasta el 1.^o del corriente, día en que tuvo lugar la jura de banderas; uno de los actos más importantes que he presenciado aquí. Todo el batallón formó con armas y los nuevos o novatos

(como aquí nos llaman) pronunciamos el Sí, juro, al pie de la bandera de la patria y sellamos nuestro juramento besando el acero cruzado con el tafetán. Después oímos el sentido discurso del General Director, discurso que, a decirte verdad, nos llenó a todos de entusiasmo. Desde este punto me consideré verdadero soldado y cambiaron para mí las cosas. Tuve amigos, no me pareció tan triste la vida, pero sí algo monótona y —¿te lo diré sin ambages?— muy laboriosa.

Comenzaron las clases al día siguiente, y de este día en adelante vengo siguiendo un régimen que dista mucho del que observé en ese Instituto provincial.

A las cinco de la mañana se dejan oír las alegres notas de la diana y, quieras que no, nos vemos obligados a levantarnos, pues ya el oficial de servicio se halla en la compañía. Sin perder momento pasamos al cuarto de aseo, donde nos lavamos, y entre tanto, los camareros levantan las camas. La operación es rápida. Poco después, tocan bando y comienza el estudio, trabajo que se prolonga hasta las ocho y cuarto, con un breve intervalo destinado a tomar el café. Acto seguido se procede a la limpieza de la ropa, forma la



2

1.—Orla parcial de la XIV promoción de Infantería, 1910; en el círculo en blanco, el segundo teniente Franco.

2.—Esta fotografía de don José Villalba Riquelme fue tomada durante su breve paso por la dirección de la Academia toledana: un curso importante, como importante fue el influjo del coronel Villalba —más tarde ministro de la Guerra de Alfonso XIII— en la vida profesional del joven ferrolano.

Información y política de Franco en Toledo

Francisco Franco, consagrado por entero a su vocación militar, sintió desde muy pronto una gran afición por el análisis político, como demostraría en seguida con sus colaboraciones en la prensa castrense. Recién ascendido al generalato, pasaría como militar muy interesado por la política, pese a que casi toda su vida profesional había transcurrido hasta entonces entre la línea de fuego y los campamentos. Pero en la primera ocasión en que alguien se lo pregunta públicamente —el barón de Mora en la entrevista citada, de 1928—, desvía la cuestión con habilidad que los años convertirían en característica. Parece claro que Franco vio la necesidad del análisis político a impulsos de la historia; de la triste historia de la decadencia española y de la desgraciada historia de los antecedentes del Desastre, unos antecedentes cuyo estudio tuvo que suplir él de forma autodidáctica, ante la inhibición, ya comentada, de sus profesores. El pacto no escrito, pero

fielmente guardado de 1874 a 1917, entre militares y políticos de la Restauración, establecía la mutua no intervención dentro de los límites fijados al Ejército en el presupuesto. Pero, con el recrudecimiento del problema africano y el inevitable proceso politizado de las responsabilidades por el Desastre, aumentaron gradualmente las dificultades para mantener ese pacto y dentro de los cuartos de banderas empezó a hacerse política general con la misma fruición con que los políticos civiles se entregaban a una discusión de problemas militares para los que carecían de toda preparación fuera de la negativo-hacendística, que no económica. La ruptura abierta, sin embargo, no sobrevino hasta 1917.

La nueva problemática política que se derivaba de la toma de conciencia de las clases inferiores ante la indiferencia reaccionaria de los gobiernos, empeñados en reducir el problema social a una mera cuestión de orden público, tiene una interesante repercusión en las capas de la oficialidad joven de principios de siglo. Precisamente en el año en que Franco ingresaba en la Academia de Toledo, un estudioso capitán de Estado Mayor, Joaquín Fanjul Goñi, publicaba un libro interesantísimo, *Misión social del Ejército*, en el que se podían leer frases como éstas:

compañía, y el oficial nos pasa minuciosa revista, terminada la cual nos trasladamos al comedor y tomamos el desayuno: una abundante ración de migas, de ese manjar famoso en la milicia, una jícara de chocolate y un panecillo. Esta refección es tradicional en las escuelas militares, como es tradicional la costumbre de ahuecar el panecillo, llenarlo de migas y comerlo luego en el intermedio de las primeras a segundas clases, para esperar con menos impaciencia la hora de comer. Las clases se prolongan de las nueve a las dos, siendo su duración de hora y media, y los intervalos de descanso de un cuarto de hora. ¿Te parece que se desperdicia el tiempo? Tocan las dos, suena otra vez la corneta, y el batallón forma en el magnífico patio del Alcázar para oír la orden del día siguiente, terminada cuya lectura nos trasladamos al comedor. ¡Qué espectáculo tan curioso! Vieras un inmenso salón, con hermosos artesonados, magníficos aparadores, infinidad de mesas y elegantes arañas, animados por el murmullo de las conversaciones que todos sostenemos a la vez; oyeras de improviso el toque de corneta, al vibrar cuyas primeras notas cada uno se coloca en su respectivo asiento; luego el

ruido de platos y cucharas, y el alegre rumor que llena el espacio: más tarde un nuevo toque y toda la gente puesta de pie y dispuesta a formar otra vez para salir a solazarse; y viendo y oyendo esto, te formarías acabada idea del buen humor y el espíritu de obediencia que aquí reinan. Este buen humor, este sentimiento expansivo, cerrado dentro del pecho horas enteras, se abre camino durante el descanso que se nos concede terminada la comida y hasta las tres de la tarde. ¡Qué intervalo más breve! A esta hora, otra vez llamada. Los nuevos vamos a la instrucción táctica, los de 2.º año a clase de dibujo y los de 3.º a prácticas de tiro. En estos trabajos se emplea hora y media, y terminados que son, el toque de marcha nos franquea la salida del Alcázar hasta las seis y menos cuarto de la tarde. Estas son las horas con más ansia esperadas y con más rapidez transcurridas. ¡Sí tú supieras cuánto duele el regreso! Pero... no queda otro remedio. Tocan las seis, comienza el estudio, se oye el ruido seco y metálico que hacen las papeleras al abrirse; cincuenta velas se encienden a un tiempo. El silencio que entonces reina, sólo interrumpido por los pasos del oficial de servicio, que nos vigila, forma

extraño contraste con el bullicio de los alumnos después de pasar lista. No todos estudian. Algunos hacen relojes con la vela, otros dibujan, y no falta quien piensa en las musarañas, futuros perdigones, a cuyo número ya puedes pensar no pertenezco. Y ¡con qué ansia se esperan los toques de retreta y fagina, o, lo que vale lo mismo, las nueve de la noche, hora de trocar el libro por el tenedor! Puedes presumirlo, después de las horas que llevamos de estudio. La expansión y el apetito de la cena compensan aquel intervalo de aislamiento, y el rato de descanso que sigue a ella y precede al toque de silencio contribuye no menos a solazar el ánimo. Terminada la cena, un galonista nos lee el servicio, y a las diez de la noche, el toque de silencio nos obliga a... tomar la horizontal.

Esta es nuestra vida. ¿Te parece variada y ociosa? Con seguridad que no. Pero es preciso que te diga cómo se pasa aquí el domingo. La diana se toca a las siete; a las diez va el batallón formado a misa, y, terminada ésta, se nos concede paseo hasta la hora de comer y luego desde las tres hasta las seis menos cuarto, en que nos recogemos para estudiar. ¡Qué día más feliz!».



Francisco Franco Bahamonde
Cuartel de los Dolores de El Ferrol del
Caudillo en su primera
guardia de oficial

14-8-1918.

«El Ejército, tal y como está constituido, es la consagración del régimen moderno, y lo será más en absoluto cuando se reforme la ley de reclutamiento en el sentido que lo exigen las corrientes democráticas. El Ejército de hoy no puede representar al capital, y en cambio tiene sus raíces en el proletariado; no representa al patrono, pero tiene relación con el obrero; su intervención en las huelgas, como en otra cualquiera manifestación del problema social, tiene que inclinarse del lado del débil, del oprimido, del necesitado de sí mismo, del obrero».

Esta inquietud política de los oficiales

jóvenes —compartida, a través de las paredes de dos metros de mampostería por los cadetes del Alcázar— no pudo dar todos los resultados que prometía en el terreno social porque esos oficiales se sintieron llamados muy pronto a una noble misión que consideraron casi unánimemente como de mayor urgencia: la defensa de la unidad de la patria, amenazada por la desintegración interna de los separatismos recrudecidos por el Desastre, y la defensa del prestigio de España en África, maltrecho desde 1893 y malparado de nuevo ante Europa con la amenaza de las bandas rifeñas sobre Melilla en 1909. Pero el clima de discu-

El primer empleo profesional del segundo teniente Francisco Franco Bahamonde fue desempeñado en el cuartel de los Dolores, de su ciudad natal. En él hizo su primera guardia de oficial de Infantería en el verano de 1910. Cuarenta y ocho años más tarde dedicó al cuartel, "para su sala de banderas", este retrato suyo, en recuerdo de aquella primera guardia. Dos notas curiosas en el retrato: el uniforme que viste, de capitán general de la Armada (no del Ejército), posible revancha íntima sobre la frustración de su vocación juvenil por la mar, y el hecho de llamar a su pueblo natal El Ferrol del Caudillo en la dedicatoria.

sión política entre la oficialidad joven y en los cuartos de banderas y casinos militares se seguiría alimentando por la lectura comentada de la prensa diaria, por las tomas de posición de la aleccionadora y poco estudiada prensa militar de la época y por las repercusiones sobre la gran familia militar de la marcha política de aquellos gobiernos.

La entrada de Francisco Franco en la Academia y su primer bienio toledano coinciden con el florecimiento del más largo y fecundo de los gobiernos de la Restauración: el que, desde enero de 1907 hasta octubre de 1909, ha pasado a la historia de ese periodo como «Gobierno largo» presidido por un hombre que, como Franco, procedía de la periferia española: don Antonio Maura Montaner. Las discusiones políticas, muy marginales en el ambiente ferrolano de Franco, impresionaron por primera vez su sensibilidad juvenil y militar en aquel ambiente de paz, orden y progreso que hasta sus detractores han reconocido como logro del «Gobierno largo».

El equipo Maura era, ante todo, eso, un equipo, un conjunto de personalidades destacadas —entonces se les llamaba «capacidades», ahora se habla más bien de «técnicos»— que suponen, junto a la figura grandiosa y rival de José Canalejas, la máxima cota del regeneracionismo político español tras el Desastre. Como ha dicho Raymond Carr, «aquellos hombres identificaban moral pública con moral privada». Artífice del orden público, incombustible durante todo el bienio, y de innumerables realizaciones de política constructiva y positiva fue, junto a Maura y bajo su jefatura, un político tan respetado por el Ejército como don Antonio y que en momentos

Esta es la fachada principal del cuartel de los Dolores en El Ferrol, afecto hoy a la Infantería de Marina —lo que puede explicar, en parte, el uniforme que viste Franco en la fotografía dedicada—, que conserva, como en los tiempos en que aquél lucía todavía su primera estrella de oficial, la tradicional ortografía borbónica. Abajo, la sala de banderas del cuartel, con el retrato dedicado por el jefe del Estado. Una sala de banderas que apenas se diferenciará de la que sirvió de lugar de reposo al joven segundo teniente ferrolano, con la salvedad evidente del televisor y de los motivos marineros de su decoración actual.



graves para España se identificaría plenamente con ese Ejército: Juan de la Cierva y Peñafiel.

La ideología política de Maura, expresada con el verbo más elocuente de la España contemporánea, merecía por lo general la aprobación del profesorado de Toledo, quien transmitía su admiración a los cadetes. «Muchas veces he opinado en público —decía don Antonio— que esta nación lo que tiene enfermo es el elemento oficial; que no es España la que está enferma; son los gobiernos, toda la máquina oficial».

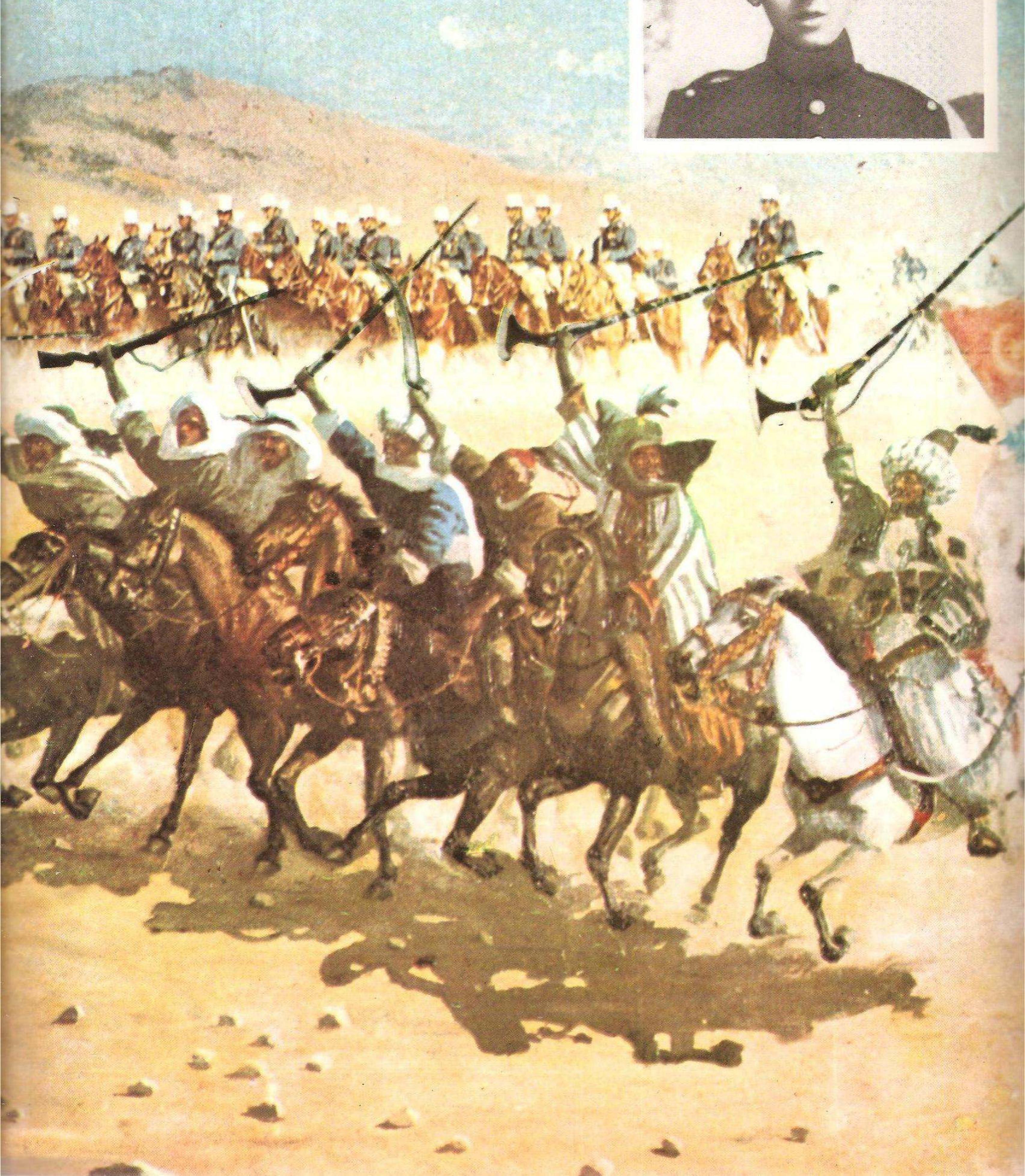
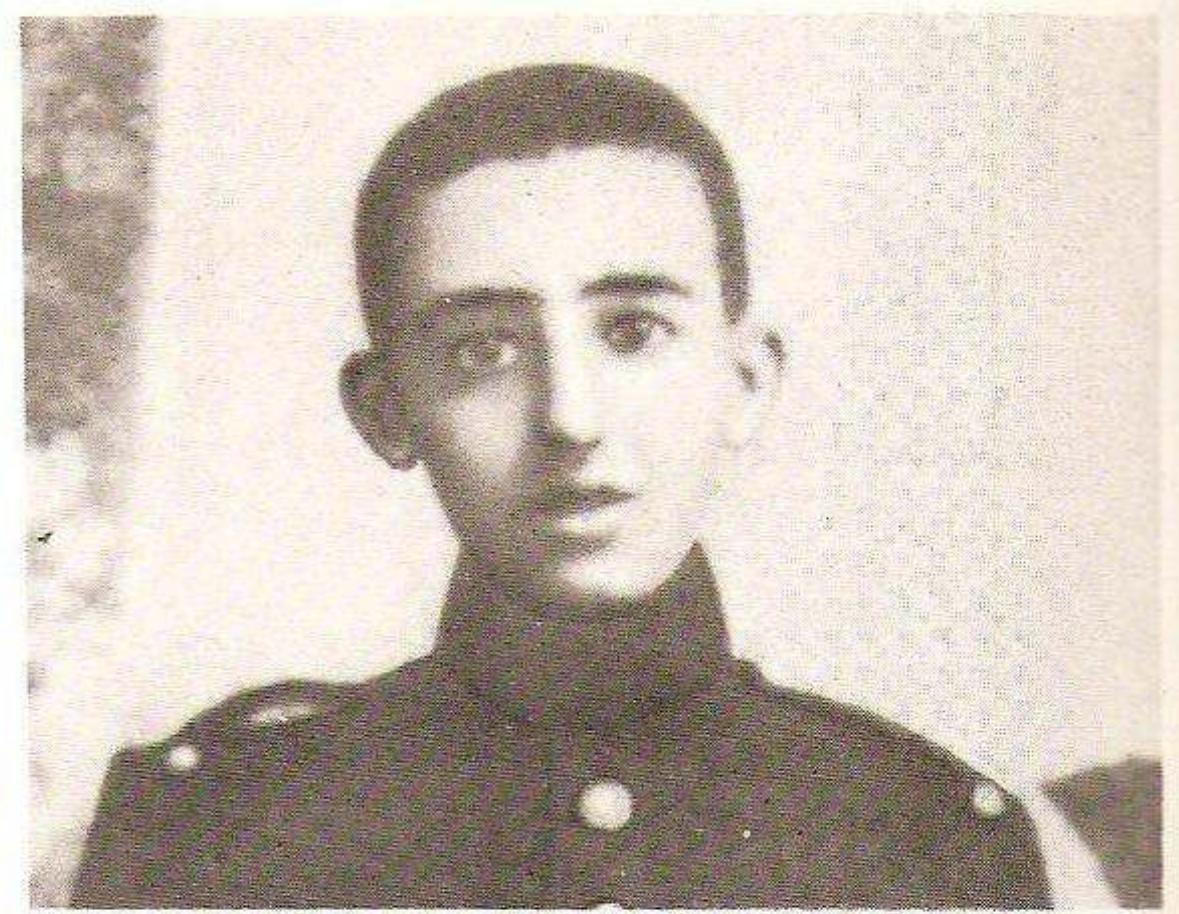
Antonio Maura, que ha pasado a la pequeña historia envuelto en la anécdota, está recuperando ya su puesto en la definitiva Historia de España como el primero y más realista de los teóricos de la nueva democracia española. Para ello partía de un reconocimiento muy realista del inevitable pluralismo nacional, que debería ser alcanzado sólo mediante un sano pluralismo político, es decir una democracia fundada en la ley, pero adornada de la menor variedad posible de adjetivos.

«El partido conservador no puede prescindir de un hecho que olvidan constantemente los que nos combaten, así desde la izquierda como de la derecha, y es el hecho de la composición actual del pueblo español. En otro tiempo eran unánimes los intereses y el sentimiento de respeto y acatamiento para multitud de instituciones que los siglos habían consagrado y que nadie pensaba desconocer y modificar para lo por venir; pero hoy no existe esa unanimidad, y cada día es más fundamental la diferencia en las aspiraciones, en las pasiones, en los intereses, en las impulsiones sociales... El poder político que se asiente sobre uno de los extremos, cualquiera





Un cadete que sueña en Toledo; un oficial casi niño que sueña en El Ferrol y que pide una y otra vez marchar a combatir contra las harkas del Rif (Franco, como España, ha distinguido siempre a sus enemigos con una nota hidalga: el respeto. ¡Y pensar que el orgulloso vencedor de España en 1898, los Estados Unidos, ha improvisado una mitología medieval sobre las espaldas desnudas de unos pobres salvajes armados de arcos y flechas!). Como evocación de aquellos sueños de riesgo y gloria, sirvan estas escenas pintadas por Bertuchi y Echauz.





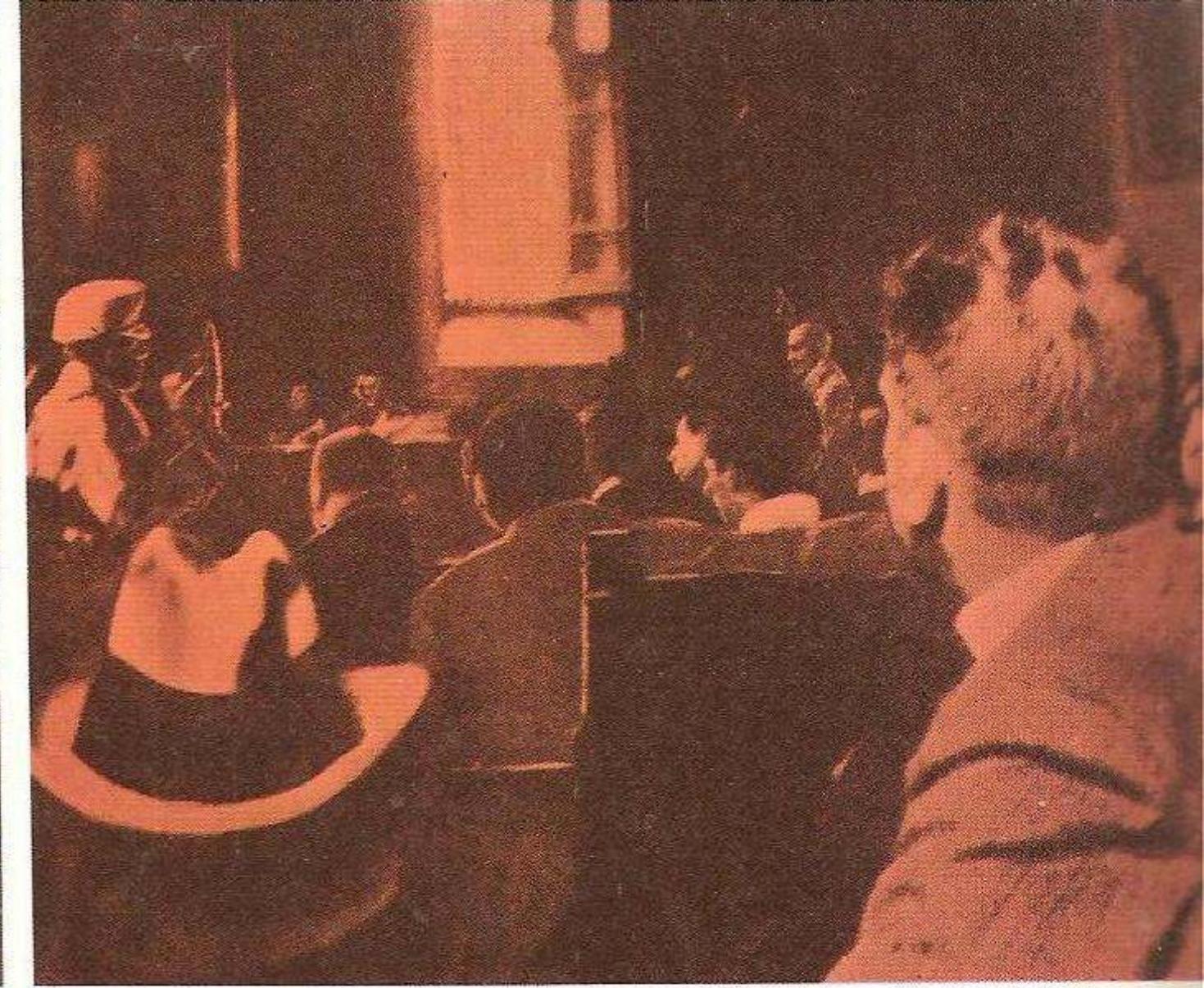
Apasionamientos que desviaron la historia y nublaron sus páginas impiden aún comprender el profundo protagonismo de Barcelona a lo largo del siglo XX. La Semana Trágica de 1909 (arriba, calle del Torrent de l'Olla) fue preparada ya por las algaradas sociales de años atrás, con las que se abría un siglo catalán lleno de incógnitas. El grabado inferior, publicado en el *Petit Journal* de París, recoge, un tanto hiperbólicamente, una escena de motín callejero en la ciudad condal, en 1901, el primer año de violenta agitación social en España, no circunscrita exclusivamente a Cataluña, aun cuando fuese esta región su escenario principal.



que sea, podrá dar un día el grito salvaje de la victoria sobre sus enemigos; pero deberá apercibirse para la resignación del día siguiente, porque no tendrá paz, ni durará».

«De modo que es un problema de coexistencia, un problema de tolerancia, que significa enterarse cada cual de que tiene frente a sí a alguien que es un hermano suyo, un conciudadano suyo, quien con el mismo derecho que él opina lo contrario, concibe de contraria manera la felicidad pública; y esto no es cercenar, mutilar la propia significación, sino respetar el derecho ajeno, convivir con los demás, abrir el cauce para que la vida se desenvuelva íntegramente y se determine, de suerte que cada uno pueda ejercitar sus fuerzas, pelear por sus ideales, contribuir a la obra común. Esta transacción permite que todos tengan delante la idea de la patria, por quien debemos someter siempre el derecho propio al respeto del derecho ajeno; y sólo mediante ella cabe la paz y, por tanto, el desenvolvimiento de toda la vida nacional, de los intereses, de las reformas, de los ideales, de las aspiraciones de un pueblo, sin que esta transacción, sin que esta tolerancia, implique la renuncia a la vida propia en la acción social y política».

En el terreno práctico, Maura centró su política renovadora en lo que llamó «revolución desde arriba». (Andando los años, Francisco Franco definiría el arranque político de su régimen de guerra y paz como «revolución nacional»). La base de esa revolución fueron sus intentos de reforma de la legislación local y regional, sólo en parte cumplidos frente a la dura oposición partidista de sus enemigos, desconcertados ante un hom-



El principal promotor de los sucesos de la Semana Trágica barcelonesa (julio de 1909) fue Francisco Ferrer Guardia, maestro masón y anarquista, condenado a muerte en consejo de guerra (fotografía de la derecha) juntamente con otros cuatro reos, y ejecutado con éstos acto seguido.

La campaña internacional desencadenada por el proceso Ferrer tuvo como consecuencia inmediata la caída del gobierno de Maura y conmovió los cimientos de la Monarquía.

bre que les iba arrebatando, a fuerza de eficacia, todas sus banderas. Uno de los puntos en que más interés puso el «Gobierno largo» fue, naturalmente, la política militar. Maura partía de una clara visión histórica de la misión de las fuerzas armadas: «En el Ejército, tal co-

mo está, en lo que le falta y en lo que le sobra, se cifra la historia de España con sus peripecias de todo un siglo, y por consiguiente la responsabilidad es de todos nosotros». El núcleo para la reforma del Ejército era la elevada concepción de Maura sobre las misiones de un

renovado Estado Mayor Central; para la reforma de la Marina lo primero que hacía falta era la existencia de la Marina, y el grandioso plan de construcciones navales de Maura devolvió a España el rango, siquiera fuese secundario, de potencial naval.

A la hora de echar cuentas LA ECONOMIA Y LAS ARMAS

Para poder calibrar las perspectivas que en 1907 se abrían ante un aspirante a oficial del Ejército, nada mejor que asomarse a este mirador de cifras ofrecido por Federico de Mardariaga en un artículo publicado por la Revista Técnica de Infantería y Caballería el 1.º de abril de aquel año:

«En España es constante la afirmación de que únicamente son los gastos militares los que aumentan por año. ¡Cómo negar que las circunstancias y los acontecimientos los impusieron en grado verdaderamente superior a las necesidades corrientes en períodos determinados! Pero en lo que constituye la normalidad, fácil es demostrar con datos irrecusables que desde el año 1868-69 al de 1892-93, si aumentaron los gastos del Ministerio de Estado en un 44 por 100, y los de Gobernación en un 74 por 100, y los de Gracia y Justicia en un 89 por 100 y los de Fomento en un 58 por 100, los gastos del Ministerio de la Guerra sólo tuvieron, durante ese tiempo, un 19 por 100 de aumento. ¡Calcúlese, en

vista de tales datos, si las reducciones que experimentó ese presupuesto desde el año económico de 1886-87 al año 1893-94, bajando desde cerca de 160 millones de pesetas a unos 134 millones de pesetas en siete años escasos, lo que representa una economía efectiva de 22 millones de pesetas, no habían de influir desfavorablemente en la bondad de los servicios militares!

Puede decirse que para las atenciones de su departamento, y a partir de aquella fecha, los ministros de la Guerra disponen de unos 37 millones de pesetas menos que hace veinte años. Las atenciones de Guerra en 1905 han sido en realidad de 138 millones y medio de pesetas.

El presupuesto liquidado del general Castillo (1887-88) arroja por pagos ejecutados 156 millones y medio, y el del general Cassola (1888-89), por igual concepto, 153 millones. Aparece evidentemente, pues, que nuestro presupuesto de Guerra representa hoy una disminución, en los gastos ordinarios, de 14 millones de pesetas, comparado con lo que gastábamos por igual concepto —sólo en la península— diez o doce años antes de los sucesos desgraciados ocurridos en Ultramar. ¡Y esto habiendo tenido que cargar desde 1898 el presupuesto de Guerra con todas las consecuencias que representan —además de las campañas— la disolución de tres Ejércitos en Ultramar, cuyo personal de generales, jefes y oficiales vino a gravar sobre él.

Y ya en este punto, bueno será advertir que, al terminar las incidencias de las campañas coloniales, las escalas activas del arma de Infantería constaban de:

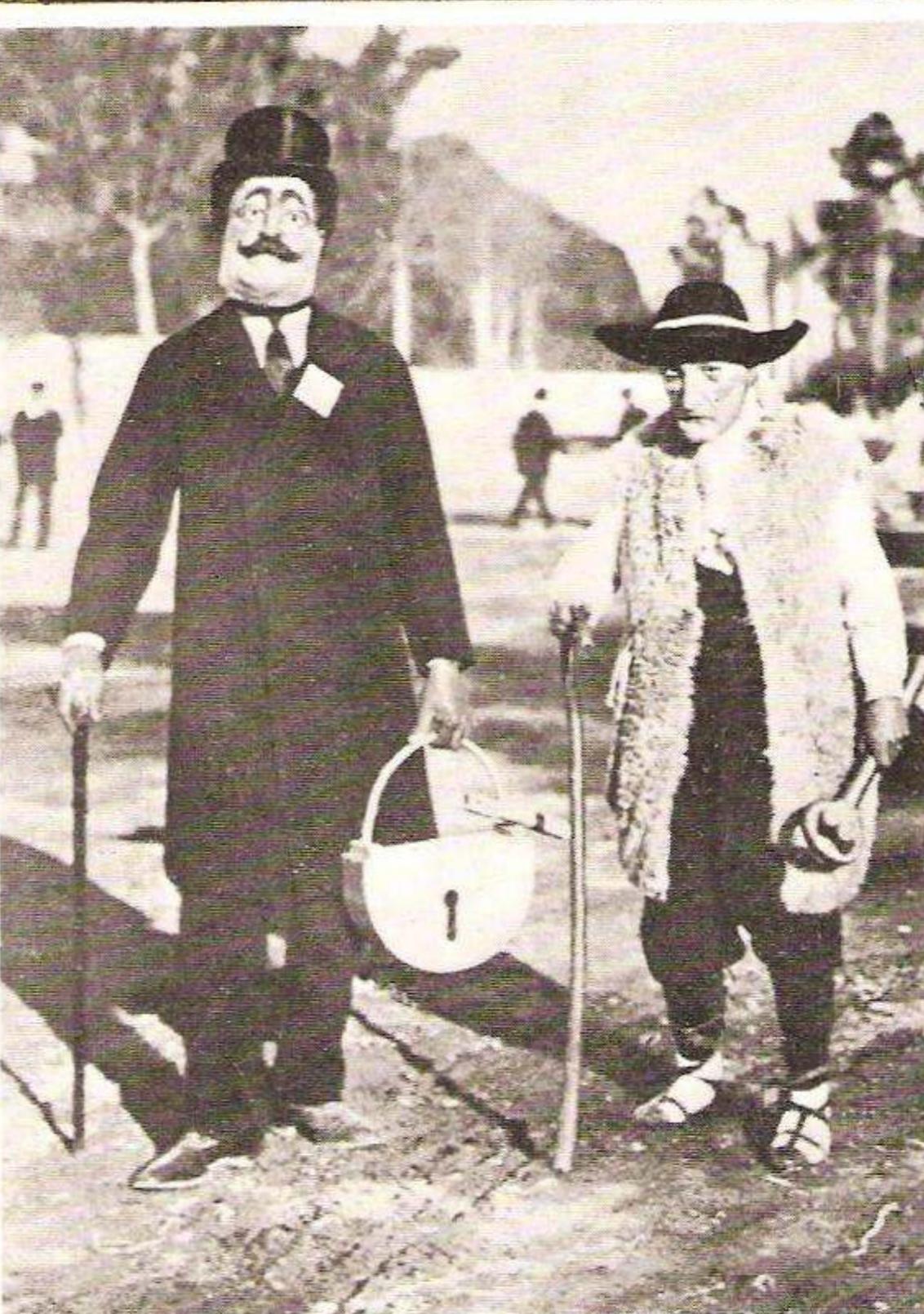
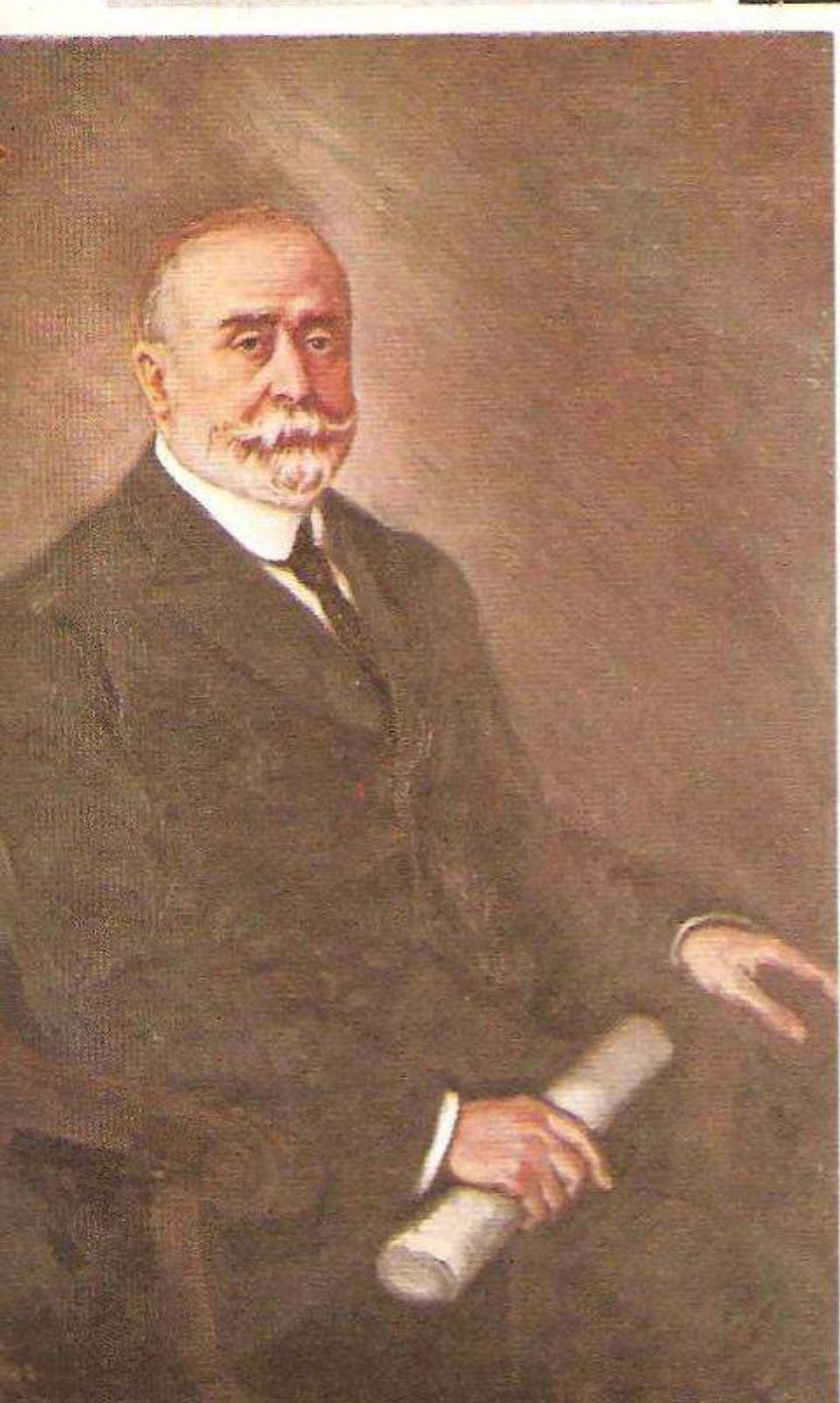
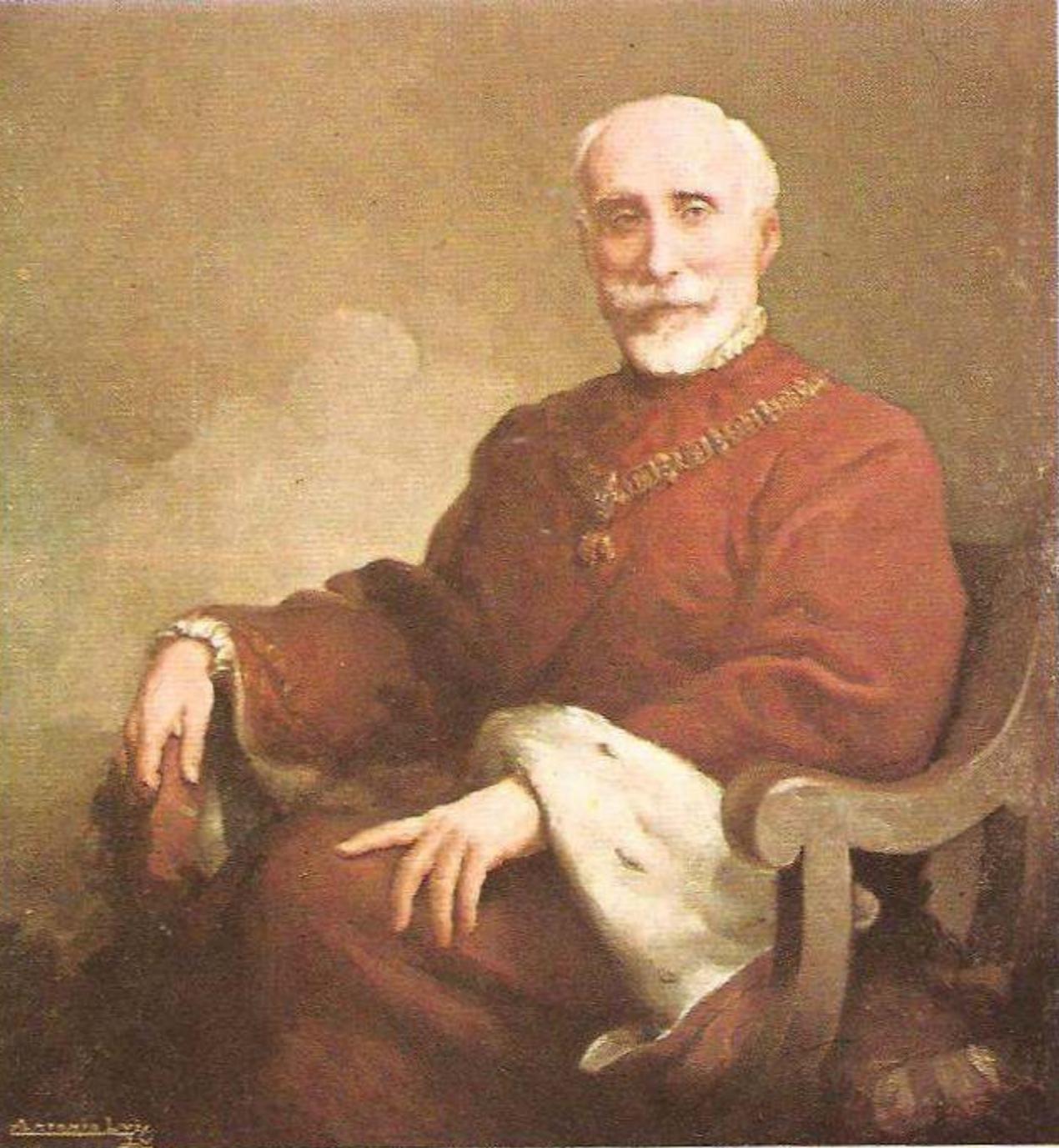
Coroneles	321
Tenientes coroneles	590
Comandantes	1.479
Capitanes	2.799
Primeros tenientes	1.058
Segundos tenientes	1.266
TOTAL	7.513

Y que, según el Anuario de 1906, existían al empezar dicho año:

Coroneles	228
Tenientes coroneles	452
Comandantes	1.063
Capitanes	2.230
Primeros tenientes	1.739
Segundos tenientes	123
TOTAL	5.835

Lo que representa una amortización de 1.678 jefes y oficiales en el arma de Infantería.

Con este solo dato basta para juzgar. Significa esa cifra una serie de esperanzas frustradas, de desengaños crueles, de carreras interrumpidas, de horizontes tristes. Y si a esto se añaden los quebrantos originados por medidas —acertadas todo lo que se quiera— pero que han obligado a la oficialidad a frecuentes mudanzas y a vivir en constante zozobra, con un mañana inseguro, entre esas angustias y privaciones que reconocen por origen el corto sueldo y la carestía de la vida, el desequilibrio entre el estado social y los recursos, se comprenderá fácilmente que si hay necesidad de acometer determinados problemas, también lo es, al hacerlo, no olvidar las condiciones en que vive la oficialidad del Ejército.»



Cuatro estampas evocadoras de la vida política española durante los años de cadete de Francisco Franco. La primera es un retrato de Joaquín Fanjul Goñi, el futuro general jefe del alzamiento de 1936 en Madrid. Militar tempranamente absorbido por inquietudes políticas, había escrito en 1907, cuando sólo era capitán, uno de los primeros libros de sociología con enfoque castrense: *Misión social del Ejército*. A continuación, la efigie de Antonio Maura, el político más prometedor de la Restauración, pintada por Antonio Luis. A su lado, otro de los grandes políticos del momento, Juan de la Cierva, en retrato de R.I. Rentero. Finalmente, caricatura carnavalesca alusiva a la famosa "Ley del candado" de Canalejas, que en 1910 trató de controlar desde el Gobierno la creciente marea clerical. La impronta del humor valenciano es aquí evidente.

El «Gobierno largo», con la confianza y el estímulo de la opinión pública, marchaba hacia su tercer año de realizaciones y reformas cuando a primeros de julio de 1909 llegaron a Madrid inquietantes noticias de África. El jefe de las fuerzas españolas en Melilla, general Marina, pide al Gobierno veinte mil hombres para sofocar la revuelta rifeña. Por la urgencia del caso, el Gobierno decide la leva de bastantes soldados de la reserva y suscita con ello una fuerte protesta popular, atizada en todas partes, sobre todo en Cataluña, por los grupos y partidos extremistas. (En Cataluña, los restos de la Primera Internacional en España estaban a punto de cristalizar en

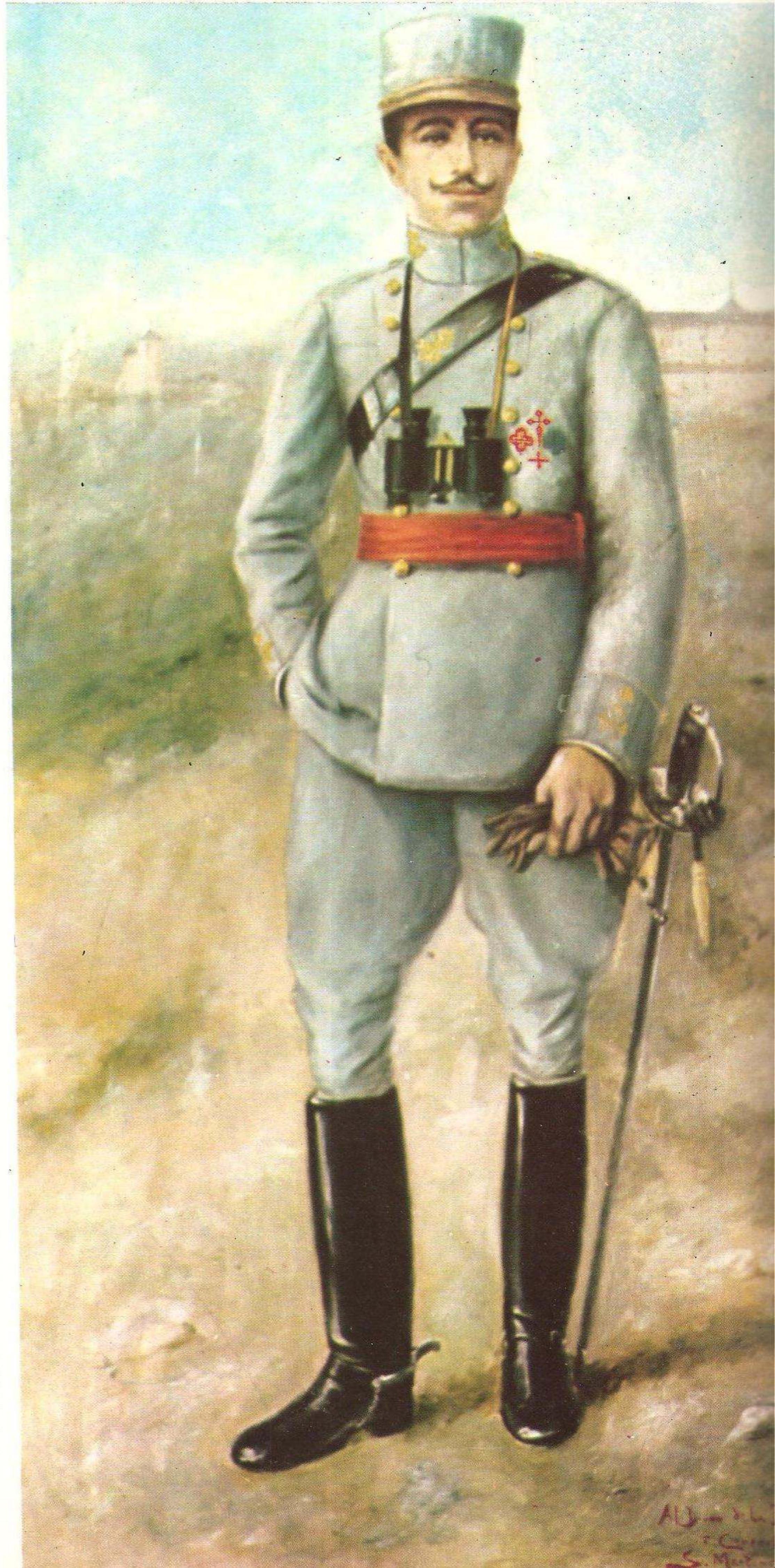
la nueva versión sindicalista del anarquismo; la C.N.T. quedaría configurada al año siguiente). Las asonadas callejeras que ensangrentaron la Barcelona de fin de julio han pasado a la historia y a la leyenda con el nombre de Semana Trágica. Un centenar de muertos en la revuelta y cinco ejecuciones es el balance definitivo de las víctimas; pero sólo se ha perpetuado el nombre de una de ellas, el maestro anarquista Francisco Ferrer Guardia, culpable según el consejo de guerra que le juzgó, sin interferencia alguna del Gobierno, y convertido absurdamente nada menos que en mártir de la libertad y el progreso por la segunda de las grandes campañas internacionales de manipulación de opinión pública contra España que estaban destinadas a jalonar los puntos clave de nuestra historia en el siglo XX. (Por desgracia para Ferrer, la historia definitiva parece alinearse bajo el durísimo veredicto de don Miguel de Unamuno, quien lo designó por entonces como «mezcla de tonto, loco y criminal cobarde»). La campaña internacional suscitó una virulenta orquestación interior —criticada por Unamuno con frases todavía más duras que la anterior— y, por medio de contactos directos con las cortes de Europa, influyó decisivamente en el ánimo del joven rey Alfonso XIII, quien en una dramática audiencia retiró su confianza a don Antonio Maura y cortó con ello, a pesar de sucesivas y desangeladas reapariciones, la carrera política más prometedora de la Restauración. Esto sucedía en octubre de 1909, cuando los cadetes de la XIV promoción de Infantería regresaban de aquel tenso veraneo y comentaban inevitablemente sus incidencias políticosociales.

Tras la etapa de revanchismo y desconcierto político provocada por la caída y el vacío de Maura, otro gran nombre, otro gran intento político regeneracionista va a llamar poderosamente la atención de los alumnos de Toledo en su último curso, y va a presidir la vida de la Restauración hasta meses después de la llegada de Francisco Franco a su primer destino africano: José Canalejas, máximo prohombre del dividido y negativista liberalismo español. Cuando el Gobierno Canalejas consigue la aprobación de la «ley del candado» en marzo de 1910 —por la que se restringe la expansión de las

órdenes religiosas y se trata de controlar políticamente a la Iglesia— surgen, ante la cerrada, y a veces no menos sectaria oposición católicoconservadora, las primeras alusiones expresas del siglo XX a una terrible amenaza histórica: la guerra civil en España. Al estudiar los antecedentes de la guerra civil española, un historiador sintetiza así la gestión política de Canalejas:

«El nuevo primer ministro liberal procedía de familia triunfante en la industria y los negocios; había destacado como periodista político, viajero en busca de orientaciones de primera mano y noticias auténticas desde antes del Desastre. Es el representante eximio del regeneracionismo liberal; atesora, quizás, las primeras ideas claras de la España contemporánea sobre un incipiente intervencionismo de Estado —que no cree incompatible con el credo liberal— y atempera la dogmática del liberalismo con un hondo interés por la legislación social y, en concreto, por la situación lamentable del proletariado agrario. Católico abierto pero no servil, parece desde perspectivas posteriores casi un «postconciliar». Sus ideas sobre expropiación de tierras por interés social son ya el cimiento de una reforma agraria en la que no puede sino soñar; esto no es poco en la España de los años diez. Consigue el apoyo de los principales

De la numerosa galería de retratos de Alfonso XIII —algunos de ellos excelentes, firmados por nombres que han entrado en la historia de la pintura universal, como el de Joaquín Sorolla—, ninguno más apropiado que éste para ilustrar el primer capítulo de la vida militar de Franco. Por la fecha, 1912, el año africano del joven segundo teniente de El Ferrol; por el uniforme del rey, de un rey que quería ser ante todo un soldado, amigo y jefe de soldados; por el Alcázar toledano al fondo de la perspectiva, al fondo de la historia de un siglo. Y por un dato curioso: la firma. Una firma mucho más conocida en el área politicomilitar que en la de las artes plásticas, la del coronel Severiano Martínez Anido, director de la Academia de Infantería, futuro general, gobernador civil y hombre fuerte de Barcelona durante los difíciles años 1919 al 22, ministro luego de la Dictadura y titular de la cartera de Orden Público en el primer gabinete de la España de Franco.

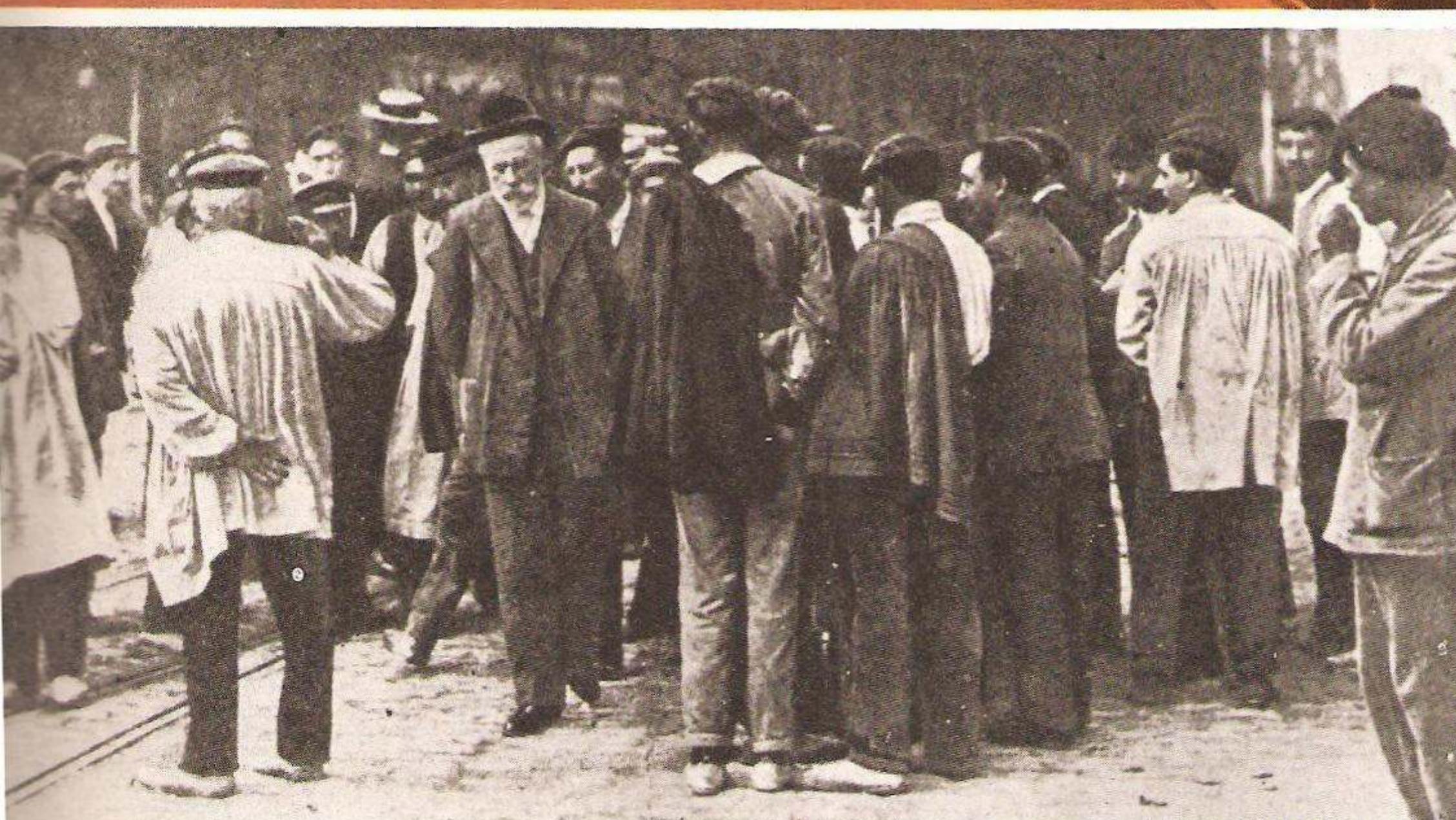


LA GENERACIÓN MILITAR DEL 98



Don José Canalejas durante un despacho con Alfonso XIII, que supo comprenderle y llorarle. Debajo, el escenario del crimen que segó una gran esperanza de España: la fachada de la librería de San Martín, en la madrileña Puerta del Sol, ante la que cayó muerto el prohombre liberal.

Al pie, Pablo Iglesias, entre los huelguistas de Bilbao, en 1911. Las convulsiones sociales de los primeros años del siglo tuvieron como escenario principal las regiones mineras e industriales de España. En el campo se produjeron chispazos, no por inorgánicos, menos sangrientos.



La llamada generación del 98 no es sino un grupo limitado por sus afinidades literarias y sentimentales. Son los del 98 que no fueron a la guerra y, angustiados por ella y sus desgracias, se convirtieron en la generación del desastre.

Santiago Galindo, con sano empeño, publicó en 1952 los hechos y las palabras de los del 98 que fueron a la guerra, encabezados por Maeztu y Ramón y Cajal, pero seguidos por un enorme núcleo de simples «quintos del 98», sin literatura y acaso sin gramática, firmantes de centenares de cartas reveladoras de un indeclinable patriotismo.

Junto a unos y otros hay un tercer grupo, el de los militares ilustrados, a veces pensadores profundos y escritores distinguidos sin dejar de ser, sobre todo, buenos profesionales de la milicia. Sustituían a una generación castrense anterior, más culturalista que culta, y aunque no quepa llamarlos «intelectuales» puros, sus incursiones a las áreas más próximas a su campo profesional —la historia y la política— y su abierta oposición a la postura derrotista de la generación literaria del 98 —aunque coincidiesen con ella en algunas facetas marginales, como el interiorismo o la tibieza religiosa— autorizan a configurarlos informalmente como generación militar del 98, de indudable ascendiente sobre los jóvenes que, como Franco, abrazaban la carrera de las armas tras el Desastre.

La llamada generación del 98 empieza en Unamuno (1864) y termina en Machado (1876) y para algunos en Juan Ramón Jiménez (1881), porque en esto de las genera-

«generales políticos» —López Domínguez, Luque, Weyler— que se aclimatan mejor al liberalismo y contribuyen en no pequeña medida a la caída y el apartamiento de Antonio Maura. El proletariado español, por desgracia, no comprendió a este gran político eficaz que deseaba redimirle. Ante la huelga ferroviaria de 1912 militarizó a doce mil obreros de las redes y acabó con la amenaza de revuelta, con lo que firmaba su sentencia de muerte. Hizo desaparecer la abominable cuota, a la vez que ideó un sistema fiscal progresivo que no pudo implantar con la amplitud deseada. Poco antes de morir consigue sacar a flote el proyecto de ley de Mancomunidades, herencia de los conservadores; la misma falta de sectarismo le movió a continuar la obra legislativa de Maura en administración local. Recibió, sin alharacas superficiales, un vigoroso apoyo de Maura, quien vio en Canalejas una es-

ciones importa menos la cronología que la afinidad de actitudes. La de los militares del 98 empezaría, para ser rigurosamente coetánea, en Ibáñez Marín (1868), y terminaría en Fanjul (1880). La correspondencia es harto ajustada.

Al teniente coronel Ibáñez Marín, muerto en Marruecos cuando contaba 41 años y era director de la Revista Técnica de Infantería y Caballería, que él mismo fundara, se deben numerosos artículos, trabajos y memorias, pero, sobre todo, la Bibliografía de la Guerra de la Independencia (1908), muy apreciada por los investigadores, y La Campaña de Prusia en 1806, su obra maestra, junto a otras de tema cultural. Era dos años más joven que Valle Inclán.

Le sigue cronológicamente Miguel Primo de Rivera (1870), dos años mayor que Baroja, laureado militar, conferenciante erudito, brillante, persuasivo, dotado de un vivo gracejo jerezano cargado a veces de ironía, preocupado desde la juventud por los temas sociales y políticos y autor de un interesante Curso de ciudadanía, su único libro conocido. Protagonista de la política española durante los siete discutidos años de la Dictadura, fue, sin duda, un pensador que sobrepasaba los límites de lo profesional.

Hay razones para anteponer a Berenguer (1873), de la quinta de Azorín. Hombre cultísimo, que hablaba tres idiomas extranjeros, cosa rara entre los militares de su tiempo, escribió numerosos artículos técnicos en la Revista de Caballería, así como varios estudios, crónicas y tratados de carácter profesional, además de una historia política: De la Dictadura a la República. Fue con fortuna muy alterna un hombre clave en la historia del primer tercio de nuestro siglo XX; viajó a los frentes de la primera guerra Mundial, desempeñó misiones importantes y fue pre-

miada su célebre actuación parlamentaria en el expediente Picasso con una cruz de María Cristina. (Por cierto que Picasso, uno de los pocos protestantes españoles de su tiempo, era laureado y noventayochista).

Queda por hablar de los tres hombres más representativos del grupo: Burguete, Millán Astray y Fanjul.

Ricardo Burguete (1871), laureado en Cuba, fue el culturalista de la generación militar del 98, el hombre que sabía de todo y escribía con el mayor desenfado sobre temas variadísimos, en revistas españolas y extranjeras, precursor de innovaciones que luego aceptaron los ejércitos europeos. Sus libros son tan numerosos como variados, desde su Diario de un testigo en Cuba, hasta la Historia de Cataluña, pasando por Así hablaba Zorropastro.

Millán Astray fue, a su modo, el poeta de la generación; por equipararle de alguna manera a los escritores del 98, diríase que fue «un bohemio del heroísmo». Nació en 1878. Le venían de familia la agudeza, la fantasía creadora y sus profundas dotes de psicólogo. Alférez a los 16 años, con una brillante hoja de servicios, llegó a ser profesor de ocho asignaturas en la Academia de Toledo, y agregado luego a la del ejército francés. En 1922 publicó un manifiesto exaltando la disciplina contra la intervención del Ejército en la política nacional, más tarde un libro sobre el Tercio y varios folletos. Le entusiasmó el Bushido, código espiritual de los samurais, escrito por el profesor cristiano tonkinés Inazo Nitobe, en el que apoyó gran parte de sus enseñanzas morales a los cadetes y el esquema de su Credo legionario; lo tradujo y publicó la versión española en 1941. Fue conferenciante prodigo y admirado en España, Francia, Italia y América. Su palabra encendía los ánimos con figuras hirientes.

llenas de crudeza, realismo y poesía. Autor de Nuestro Caudillo Franco (1939), había creado una Legión llena de paradojas, de contradicción en su misma esencia, como Unamuno; de descarnado realismo celtibérico, como Baroja; de desenfado y aventura, como Valle Inclán; de poesía solanesca, más que machadiana, pero sobre todo de altísima idealidad senequista, de amor a la patria y a la muerte en perfecta superación espiritual, tan comprensible como aquel «¡muera la inteligencia!» en boca de quien en cierto modo era un intelectual.

Cierra esta breve galería generacional Joaquín Fanjul. Tenía 18 años cuando ingresó en la Escuela de Guerra en 1898. Era un año más joven que Juan Ramón Jiménez. En 1906, siendo un capitán de 26 años, publica su obra Misión social del Ejército, donde expone su pensamiento sobre la milicia, la política y la reforma social. Escrito siete años después de que Lyautey publicase su Rôle social de l'officier, sus puntos de vista eran netamente originales y nacionales. La biografía de Fanjul es la historia militar de su tiempo. Al conocer el desastre de Annual, pidió un puesto en África cuando ya era diputado a Cortes por Cuenca —se había licenciado en Leyes— y ocupaba un puesto de jefatura en el Estado Mayor. Figura siempre en primer término en las operaciones de Marruecos, hasta el final de la campaña. Desarrolla una destacada actividad parlamentaria en pro de un Ejército más poderoso y mejor organizado. El triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936 le aleja de la política activa que había venido ejerciendo junto a los gobiernos derechistas del bienio anterior. Pocos meses después, fracasado su intento de unir la guarnición de Madrid al alzamiento de julio, caería ante el piquete de ejecución.

peranza de restaurar el espíritu de Cánovas sobre bases sociales mucho más sólidas. Ese fanático que parece acechar siempre entre los bastidores de la historia de España le asesinó en 12 de noviembre de 1912, cuando contemplaba el escaparate de la Librería San Martín, en la Puerta del Sol».

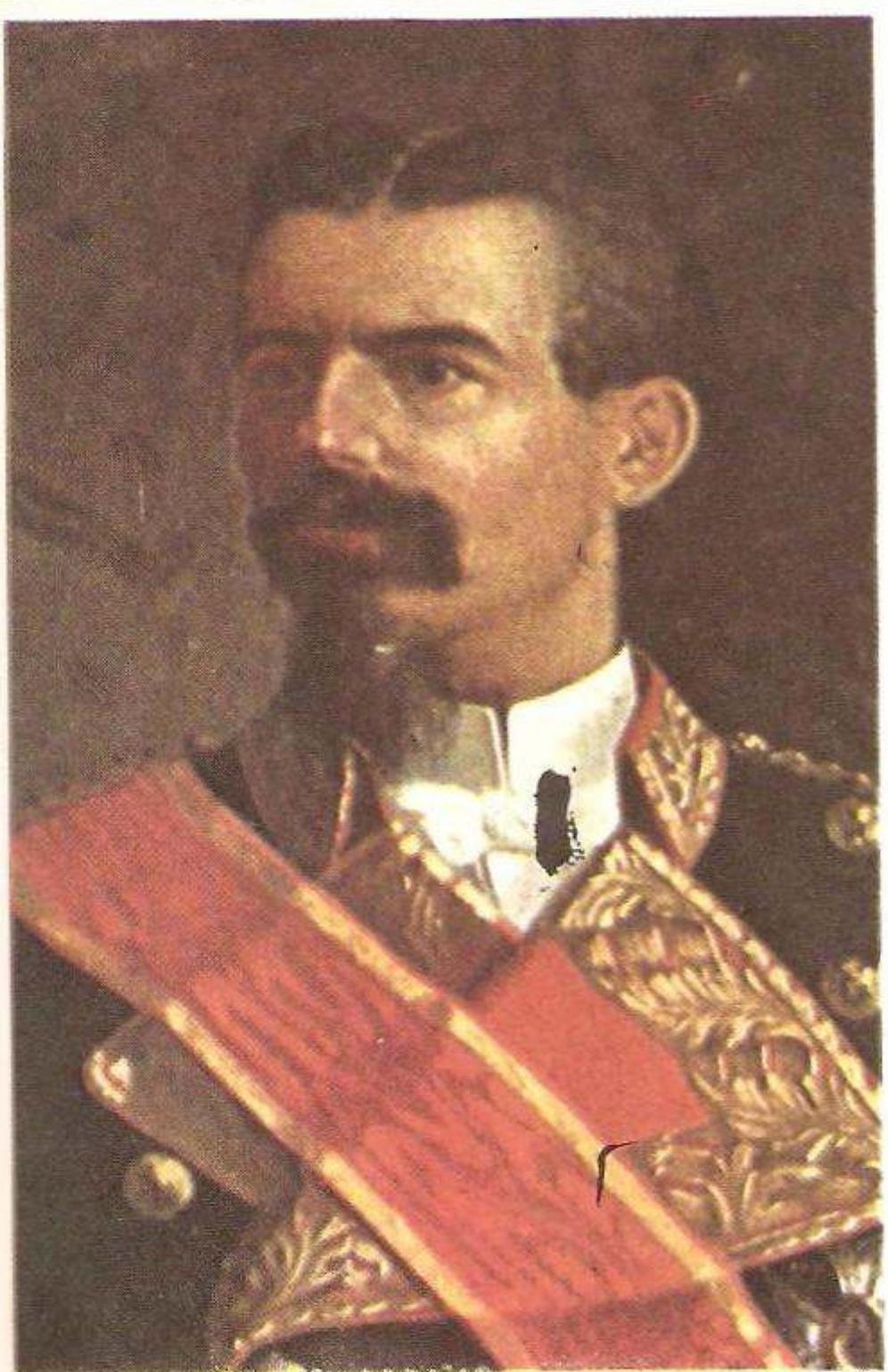
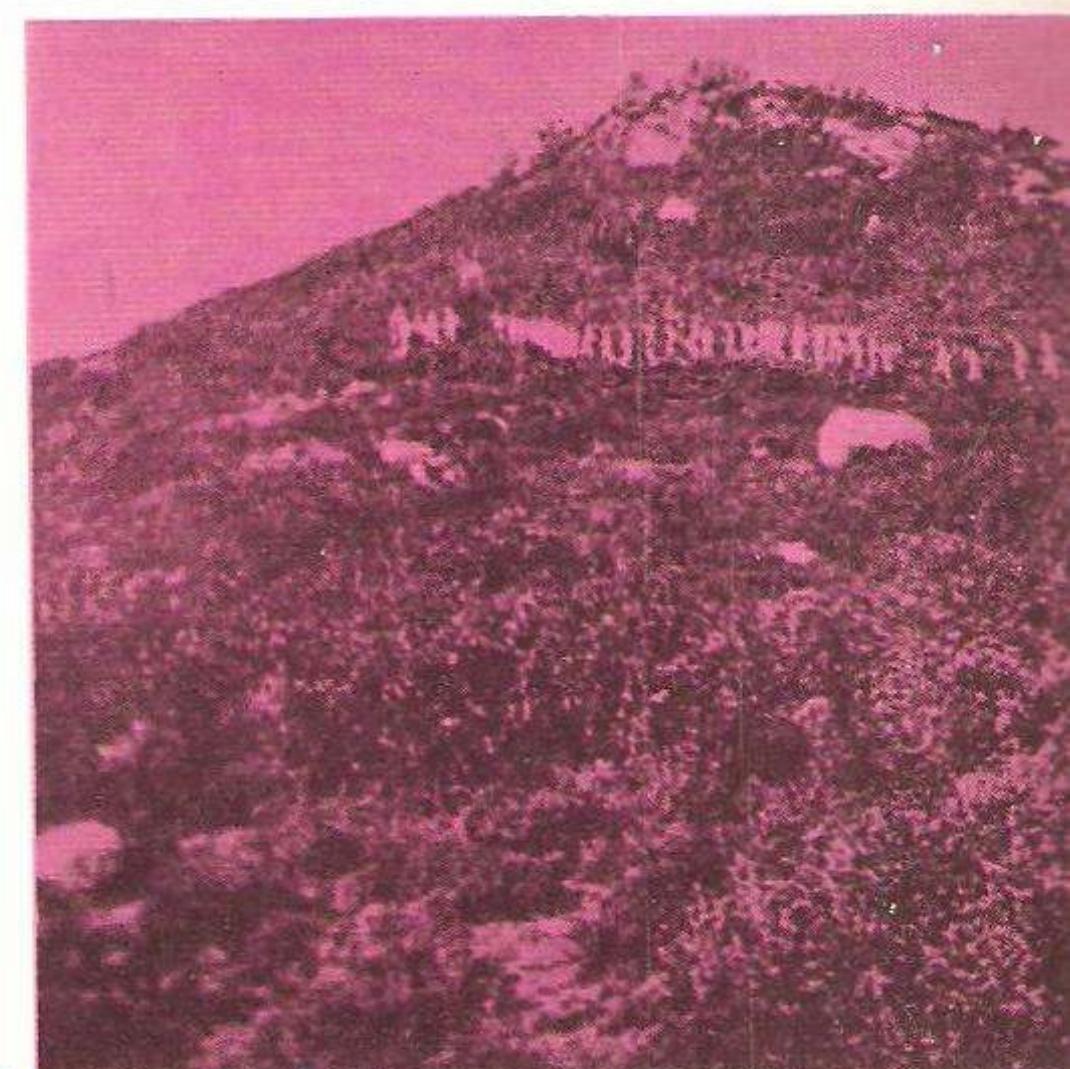
La época de formación y preparación inmediata para la vida militar activa de Francisco Franco, 1907-1912, coincide pues, casi exactamente, con la época en que España contempla el florecimiento y el fracaso de los dos grandes intentos renovadores de la política y la vida nacional que marcan el apogeo de las esperanzas de la Restauración. Desde entonces hasta 1923, en que se abrirá una nueva etapa, la marcha política de España solamente puede resumirse en una palabra: caos. En medio de ese caos, las tensiones internas de las fuerzas armadas españolas llegaron a una situa-

ción explosiva, definida certeramente por don Antonio Maura en 1915 como «inmenso desconcierto». Este era, desnudamente, el trasfondo político y nacional bajo el que el segundo teniente Francisco Franco Bahamonde iniciaba el ejercicio de su profesión militar a los diecisiete años, en El Ferrol.

La llamada de África

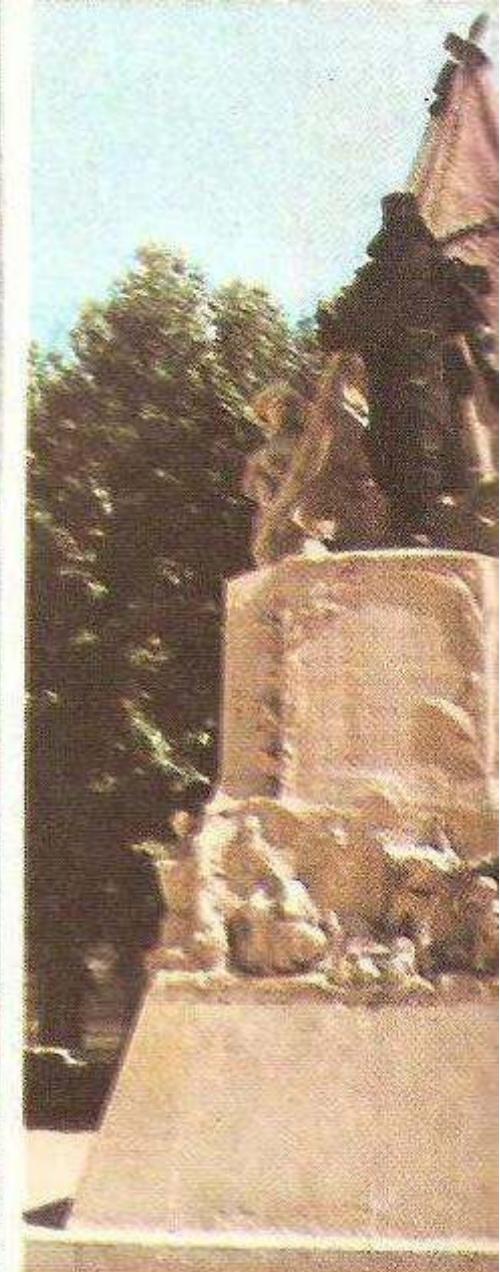
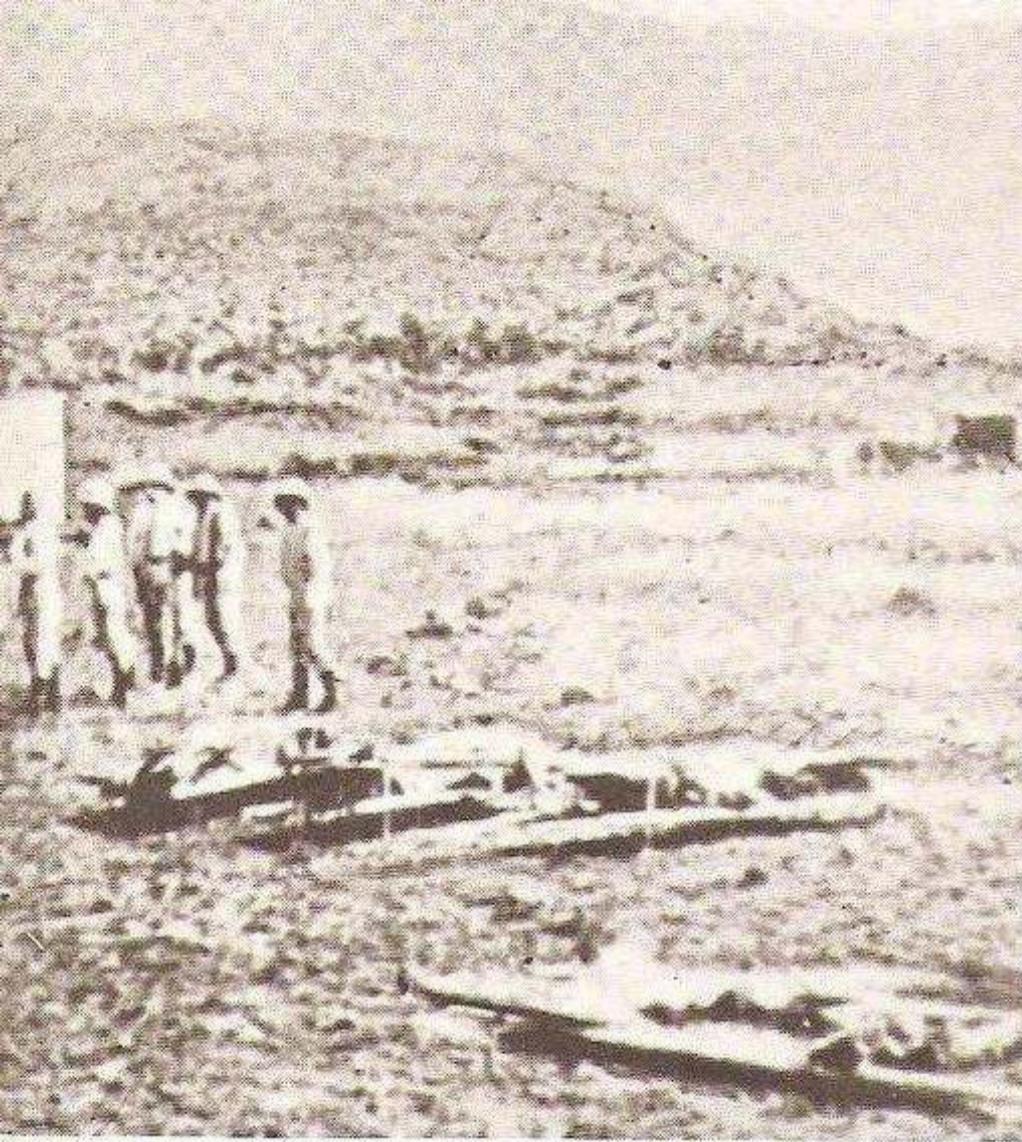
Después de la guerra hispanomarroquí de 1859, terminada con una de las victorias más populares —escasas victorias tras 1814— de España en el siglo XIX, los problemas internos y el envaramiento de la decadencia nacional redujeron a simples episodios marginales la acción de España en el

continente africano, sacudido de punta a punta por las ambiciones del colonialismo imperialista europeo. Desde la conferencia de Madrid, en 1880, España había aceptado el acuerdo previo con Francia para la solución de los eventuales problemas norteafricanos. Esfuerzos casi de índole privada mantuvieron los derechos de España sobre diversos territorios del ámbito continental contiguo a las islas Canarias y en la zona ecuatorial; pero la actividad española en Marruecos se ciñó al comercio rutinario desde las plazas de soberanía y a una serie de prospecciones mineras emprendidas mediante el impulso económico y la iniciativa extranjera en su mayor parte. Desde el año 1890, los nacientes intereses económicos provocan roces políticos más que con el débil gobierno jerifiano, con las bandas y líderes locales prácticamente autónomos respecto del sultán, y de-



La guerra de África brotó para los españoles en 1859, como una necesidad casi romántica de vengar las injurias inferidas a su emblema nacional por los cabilenos de Anyera. Aunque costosa para la nación —casi 10.000 bajas—, la campaña de 1859-60 tuvo respaldo popular y constituyó un escalonamiento de éxitos frente a un enemigo difícil y superior en número. Los triunfos de Prim en los Castillejos (1 de enero de 1860) y de O'Donnell en Tetuán (2 de febrero) fueron ruidosamente celebrados por el país e inmortalizados en múltiples lienzos. Se reproduce aquí *La batalla de Tetuán*, de Palmaroli (Museo del Ejército). Pero la guerra de África no iba a terminar con esas victorias, ni con la de Wad Ras (23 de marzo) que abriría el camino de Tetuán a Tánger por el Fondak. Se iría recrudeciendo por fases más o menos virulentas, la primera de las cuales (1893) costaría la vida al general Margallo —que aparece en el grabado del centro con su estado mayor—, y habría de ser liquidada por "la primera espada de España", el general Martínez de Campos (abajo, retrato del Museo del Ejército).

seosos de convertir su predominio efímero en permanente fuente de ingresos por vía de gratificación emparentada con el soborno. De acuerdo con los diversos tratados y estipulaciones de las anteriores décadas, España decide la construcción del fuerte de Sidi Guariach, indispensable, según el alto mando militar, para la seguridad de Melilla. El fuerte se encontraba demasiado cerca de un lugar de peregrinación marroquí, y en septiembre de 1893 el gobernador militar de Melilla, general García Margallo, decide la construcción de una caseta para guardar las herramientas de la proyectada obra. La reacción de «los moros» —como invariablemente designaban los españoles a los habitantes autóctonos de su zona de influencia— fue inmediata: destruyeron la caseta y tirotearon los arrabales de la ciudad. Continuaron las escaramuzas hasta que, el 2 de octubre, el general Margallo dirige una batalla formal que termina con el repliegue de los españoles a Melilla. En una acción posterior, el día 27 del mismo mes de 1893, Margallo



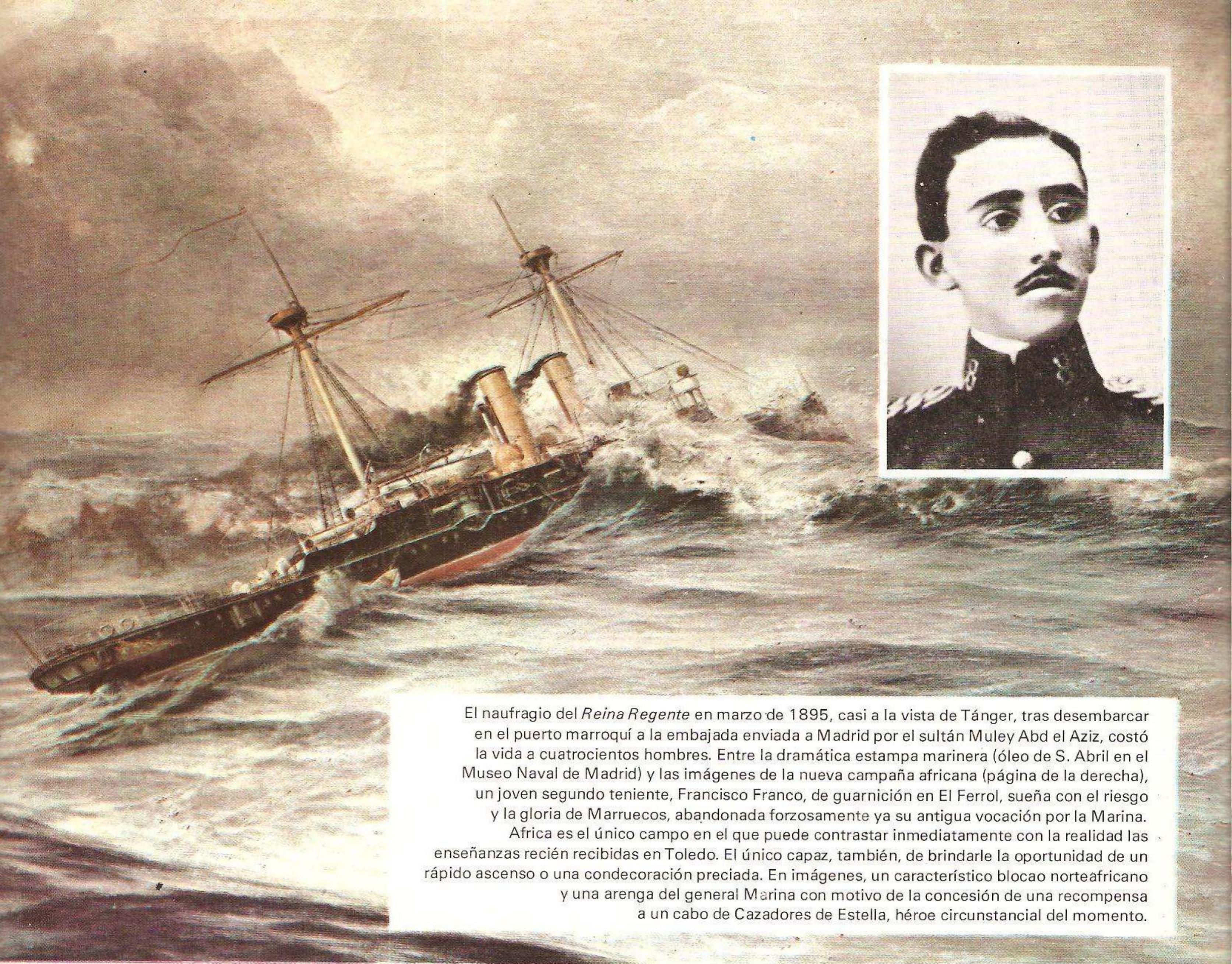
También recogieron las crónicas de la época, con acentos de poema épico, la hazaña del cabo Noval un día antes de la toma del Gurugú. Capturado por el enemigo durante un recorrido nocturno por los puestos de escucha de Zoco el Had (Beni Sicar), fue comandado por los moros a que les sirviera de guía e introductor en las líneas españolas, como conocedor de la consigna. Al llegar en la oscuridad a las inmediaciones del reducto ocupado por la 3.ª Compañía del Regimiento del Príncipe le fue dado el alto, al que replicó: "¡Tirad, que son moros los que vienen conmigo! ¡Fuego! ¡Viva España!" Cumplida su orden, el cabo murió acribillado por las balas de sus compañeros, pero salvó la posición. Muñoz Degrain recogió en este lienzo, conservado en el Museo Provincial de Valencia, la gesta de Luis Noval, en cuyo honor se erigieron sendos monumentos en Oviedo, su ciudad natal, y Madrid (imagen de la derecha).

Dos nombres que pasaron a la historia y a las coplas populares en 1909: el barranco del Lobo (arriba) y el monte Gurugú. El primero sirvió de trampa mortal a la Brigada de Madrid, recién desembarcada en Melilla. Era el 27 de julio; en la acción sucumbió el jefe de la brigada, general Pintos. Desde las cumbres del Gurugú, los indígenas rebeldes hostilizaban a las tropas españolas e impedían la normal explotación de las minas próximas, contra cuyos trabajadores habían roto el fuego los cabilenos el día 9. Más de dos meses tardó el general Marina en aislar el Gurugú y ocupar sus cumbres. El 29 de septiembre ondeaba en ellas la bandera roja y guadaña. Para los españoles, ésta fue la primera noticia estimulante de la nueva campaña marroquí. Tanto o más que dominar militarmente el territorio de la zona, interesaba a España ganarse la amistad y sumisión de los cabecillas indígenas, y esta línea política fue hábilmente seguida por el general Marina. En la imagen de la derecha se le ve junto a su amigo, el jefe rifeño Maimon Mohatar.

El teniente Franco, en El Ferrol, dedica esta foto a sus padres, feliz entre su caballo y su perrazo. No era fácil poseer tales cosas para un joven español medio de 19 años en 1912; pero varios de esos jóvenes, compañeros de Franco (que ha conseguido disimular un tanto su edad con el enorme bigote negro), habían dejado ya su vida en la guerra de África, emprendida a espaldas de España, tan injustamente juzgada por tantos españoles, y en la que el joven oficial arde en deseos de tomar parte.



queda cercado en Cabrerizas Altas con mil soldados y toda una tropa de correspondentes de guerra; en una decisión desesperada y contra el parecer de su consejo de oficiales, se pone personalmente al frente de un destacamento para tratar de proteger la entrada de un convoy de socorro y cae acribillado por el enemigo. El general Ortega tomó el mando de los cercados y consiguió hábilmente replegarlos a Melilla; pero para la historia posterior conviene recordar dos nombres de protagonistas de aquella acción que alcanzarían luego resonancia insospechada: el jefe del convoy de socorro era el capitán Picasso; el jefe de la sección que rescató el cadáver de Margallo cuando el enemigo ya se apoderaba de él, y del cañón de 9 cm. portado por el destacamento suicida del general, era un segundo teniente del regimiento de Extremadura llamado Miguel Primo de Rivera. El Gobierno tiene que enviar a Melilla a la primera espada del Ejército, general Martínez de Campos, quien pacifica la zona y consigue personalmente un acuerdo de-



El naufragio del *Reina Regente* en marzo de 1895, casi a la vista de Tánger, tras desembarcar en el puerto marroquí a la embajada enviada a Madrid por el sultán Muley Abd el Aziz, costó la vida a cuatrocientos hombres. Entre la dramática estampa marinera (óleo de S. Abril en el Museo Naval de Madrid) y las imágenes de la nueva campaña africana (página de la derecha), un joven segundo teniente, Francisco Franco, de guarnición en El Ferrol, sueña con el riesgo y la gloria de Marruecos, abandonada ya su antigua vocación por la Marina.

Africa es el único campo en el que puede contrastar inmediatamente con la realidad las enseñanzas recién recibidas en Toledo. El único capaz, también, de brindarle la oportunidad de un rápido ascenso o una condecoración preciada. En imágenes, un característico blocao norteafricano y una arenga del general Marina con motivo de la concesión de una recompensa a un cabo de Cazadores de Estella, héroe circunstancial del momento.

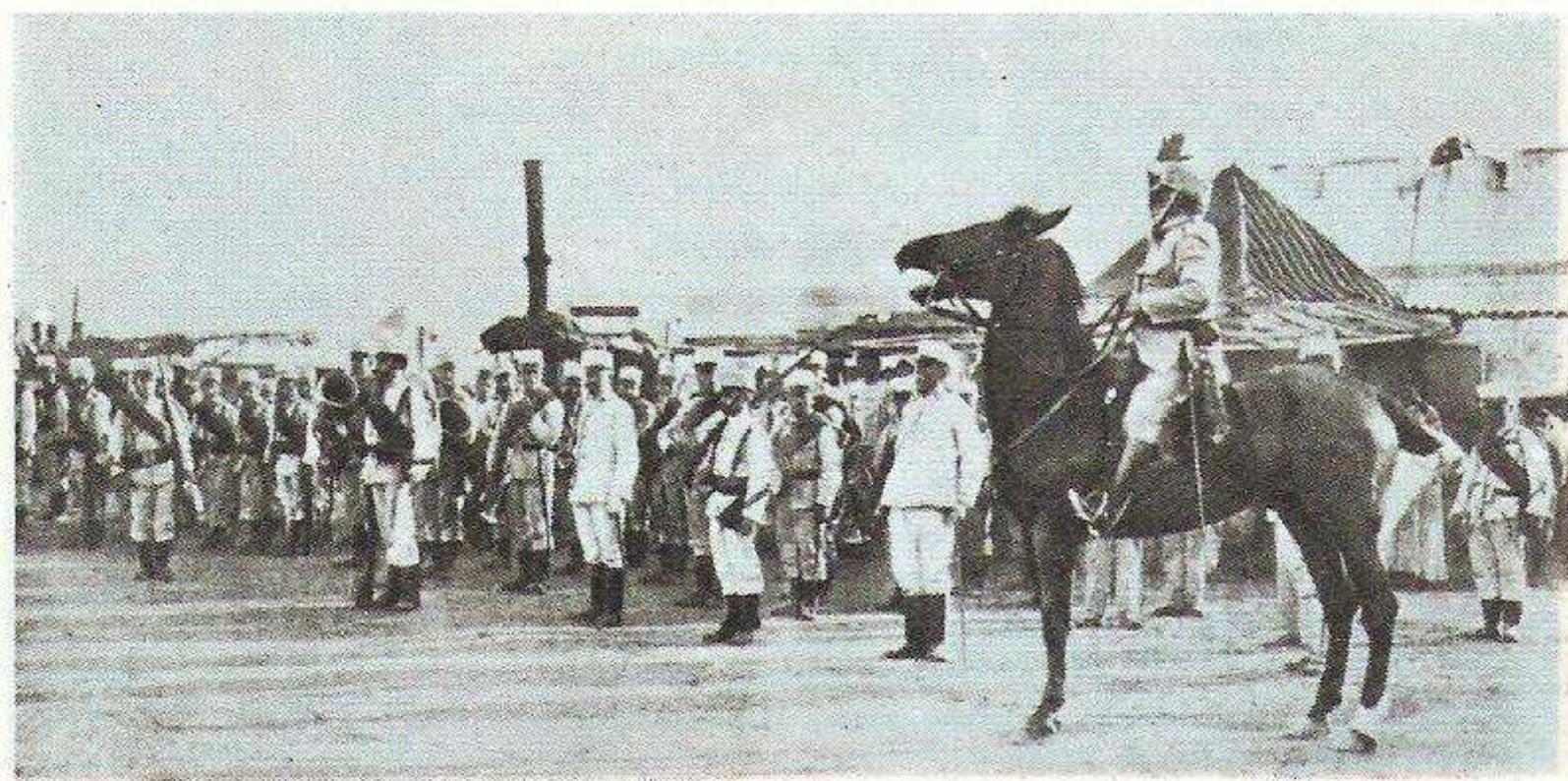
finitivo con el sultán de Marrakech, el 5 de marzo de 1894. Cuando el enviado del sultán llegaba en 1895 a Madrid para la ratificación del tratado, el general Fuentes, disfrazado de teniente de Seguridad abofeteó al embajador en plena calle en un rapto de locura, mientras clamaba venganza por la muerte de Margallo. Sobre la conclusión de este triste episodio siguen acumulándose los presagios; el crucero *Reina Regente*, orgullo de la Marina española, que trasladó a Tánger a la abofeteada misión de Marruecos, encaró un temporal en el viaje de retorno, se pasó por ojo y desapareció con todos sus hombres el día 11 de marzo de 1895.

Desde entonces una precaria paz reinaba sobre el Rif, hasta que en el verano de 1909 surge el nuevo chispazo del conflicto. A pesar de la Semana Trá-

gica, los refuerzos de la península llegan a Melilla y el general Marina comienza el día 25 de julio las operaciones para la toma del Gurugú, montaña fatídica desde la que los rifeños hostilizan a la ciudad española. Los españoles tardan en adaptarse a la táctica de guerrillas impuesta por aquellos fantásticos tiradores que ven en la noche «como los gatos», según expresión unánime de sus víctimas. Dos días más tarde, la columna del general Pintos es pasada a cuchillo en la célebre acción del Barranco del Lobo. Marina prosigue su penetración, cada vez con más precauciones. Cuenta ya con un cuerpo expedicionario de 22.000 hombres cuando, a finales de septiembre, lanza el asalto definitivo sobre el Gurugú. Toda España vibra en la madrugada del 30 de septiembre, al llegar la noticia de que el coronel

EL HIMNO DE LA INFANTERÍA

Quién sabe por qué, en la nómina de la XIV promoción de cadetes toledanos figuraba un hombre que habría de alcanzar notoriedad en un área harto alejada de la castrense: Fernando Díaz Giles. Músico fácil, más inclinado a dejarse llevar por los vaivenes de la inspiración que por los toques de corneta, recibió del coronel Villalba, conocedor de sus habilidades, el encargo de componer un himno a la Academia de Infantería. El encargo no sería cumplido hasta transcurrido algún tiempo, en ocasión propicia: una breve estancia del compositor en los calabozos del Alcázar. Efectivamente, el plazo —perentorio que se fijó a sí mismo inicialmente para escribir la música —siete días— transcurrió plácidamente para el cadete, dispensado adrede de todo servicio u obligación, sin que a su término hubiese escrito una sola



nota. Sólo cuando, meses más tarde, al cumplir un arresto por infracción disciplinaria, tuvo oportunidad de enfrentarse a solas con su musa, trasladó apresuradamente a los pentagramas los temas melódicos del nuevo himno, que puliría y armonizaría en seguida con modulaciones infrecuentes en composiciones de este tipo, ante el piano del Casino toledano. Más tarde, le pondrían letra los hermanos Jorge y José de la Cueva.

Elegido un grupo de voces —entre las que se contaban las de cuatro futuros generales de la España de Franco: Alonso Vega, Sáenz de Buruaga, Esteban Infantes y Yagüe— para ensayar, aprender y enseñar a los demás el nuevo himno, la ocasión de estrenarlo no tardó en presentarse, aunque en circunstancias dolorosas: el 8 de diciembre de 1908, día de la Patrona del arma, cuando acababa de matarse un cadete, víctima de una cruel «novatada». Según se cuenta, para probar el valor de un novato se le hizo columpiarse al extremo de un tablón apoyado por el centro en el marco de una ventana abierta,

mientras en el otro extremo, dentro de la habitación, se sentaba un veterano, de modo que el primero quedaba por la parte exterior, balanceándose sobre el abismo. En esto, un «bromista» irrumpió en la sala donde se celebraba la prueba y gritó: «¡El coronel! ¡Firmes!». El veterano, obedeciendo a hábitos reflejos ya fuertemente arraigados, saltó del extremo del tablón en que se sentaba para adoptar la posición de firmes; naturalmente, el desdichado novato, desprovisto de contrapeso, se precipitó en el vacío y pereció estrellado contra el pavimento.

En tal o cual ocasión posterior coincidió la interpretación solemne del difícil himno con circunstancias adversas, a causa de lo cual ganó por entonces cierta fama de «gafe» entre algunos sectores de la oficialidad de Infantería.

Con independencia de tales auspicios, la composición de Díaz Giles es muy meritaria desde el estricto punto de vista musical; vibrante, alejada por igual de lo pomoso y de lo populachero, dotada de rasgos ostensiblemente

españoles, acredita el buen pulso de un músico que habría de dar a la lírica nacional páginas de duradera aceptación, como las de la zarzuela *El cantar del arriero*, su obra más famosa. Alejado pronto de la milicia, Díaz Giles recibiría un conmovedor homenaje póstumo de sus antiguos compañeros: la interpretación de su famoso himno, en el acto de su sepelio, en 1960.

Apenas nacido, el himno de la Academia se convirtió de hecho en himno del arma de Infantería. Hoy lo entonan a diario millares de soldados en cuarteles repartidos por toda España, aunque tropiezan con algunas dificultades para aprenderlo, y con más aún para entonarlo tal y como lo escribiera Díaz Giles... No obstante, aun en esa «versión simplificada» de cuartel, desde las primeras notas parece contagiar su marcialidad a los uniformados intérpretes de cada día, revalidando su propia afirmación:

«Ardor guerrero vibra en nuestras voces...»

Miguel Primo de Rivera ha plantado la enseña rojigualda en la primera cumbre vencida. Cuando a fines de enero de 1910, bajo el gobierno liberal de Moret que marca la transición de Maura a Canalejas, Marina consigue liquidar la pequeña guerra de Melilla, tiene a sus órdenes a 43.500 hombres. Un durísimo balance de víctimas para España: mil muertos y tres mil heridos.

La victoria del general Marina ha supuesto la imprescindible base militar para que Canalejas pueda iniciar una activa política africana, bien engranada con la expansión militar de la zona de influencia reconocida a España por el vigente tratado de 1904. El Ejército de África amplía el *hinterland* de Ceuta y de Alcazarquivir, a la vez que los franceses extienden su dominio por las provincias más fértiles del sultanato. En el verano de 1911, tras nuevos incidentes en torno a Melilla, Marina ocupa y fortifica la línea del río Kert. El teórico protectorado español se va formalizando una vez que la presión internacional impone la retirada de las pretensiones alemanas, tras el incidente —que bordeó lo sublime y lo ridículo— del cañonero *Panther* en la rada de Agadir. La previsible zona española de protectorado comprendía solamente el 5 por ciento del reino de Marruecos, unos 17.000 kilómetros cuadrados semidesérticos, poblados por tres cuartos de millón de habitantes divididos y tradicionalmente rebeldes y belicosos. La zona francesa se extendía sobre trescientos cincuenta mil kilómetros cuadrados y cinco millones de habitantes más pacíficos; casi todas las riquezas del reino quedaban al sur de la línea de demarcación entre las dos zonas, bajo la administración francesa.

La respuesta original del ejército español a la irresistible táctica rifeña de guerrillas fue, en aquella campaña que se ha señalado justamente como la primera guerra impopular de la historia de España, la creación en 1911 de los Grupos de Fuerzas Regulares Indígenas, organizados en tabores —unidades ligeramente inferiores al batallón— en-

cuadrados por oficiales españoles y coordinados —inicialmente esta palabra era un eufemismo de vigilancia y seguridad— por un regimiento totalmente español. A tarea tan delicada queda afecto el regimiento número 68 de África, cuyo mando se encomienda, a finales de 1911, al coronel que dirigiera la Academia de Infantería de Toledo, José Villalba Riquelme. El creador de los Regulares, coronel Dámaso Berenguer, goza de la plena confianza y amistad del rey Alfonso XIII y trata de reunir para el encuadramiento de las nuevas unidades a los mejores oficiales del Ejército.

La despedida definitiva de El Ferrol

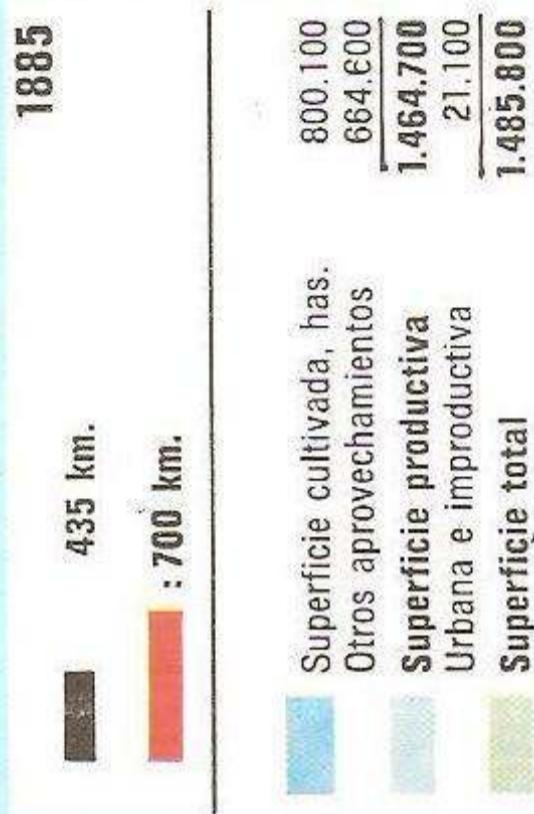
Todas estas noticias africanas constituyan, entre un marco inevitable de comentarios políticos y locales, el centro de las conversaciones del cuarto de banderas en el cuartel ferrolano de los Dolores, al que se había incorporado el segundo teniente Francisco Franco Bahamonde el 22 de agosto de 1910, tras ver rechazada su petición de destino en el Ejército de África. Las efemérides que sigue registrando su hoja de servicios son tan monótonas como exactamente equivalentes a las del resto de sus compañeros retenidos en las guarniciones peninsulares o insulares. Su primera marcha de entrenamiento al frente de una sección tiene lugar en una fecha cuyo simbolismo nadie puede sospechar entonces: entre los días 17 y 18 de julio de 1911. Con los demás oficiales de la compañía dirige la marcha de sus hombres a Puentedeume, La Capela y Las Nieves, todo el recorrido por la provincia coruñesa. Regresan al cuartel el 19 y poco después del permiso de aquel verano se le designa ayudante del 2.º batallón y profesor en la academia de cabos. Nada de esto podía satisfacer a

Francisco Franco, cuando las cartas de África, que llegaban casi semanalmente, iban dando cuenta de las primeras hazañas de sus compañeros de promoción, que tuvieron la oportunidad de ser destinados inmediatamente a Melilla: en el para Franco monótono año de guarnición, 1911, cayeron en primera línea cinco tenientes de la promoción XIV, Juan Vivas, Fernando Sesma, Bruno Pérez, Bernardino Echenique y Arturo Escario. Los escasos miembros de la promoción que no habían pedido aún el destino africano lo hicieron sin reservas al llegar, la noticia de la creación de los Regulares y del nombramiento de su antiguo director, Villalba, para la jefatura del regimiento-modelo número 68. Para Franco y sus amigos más próximos de la Academia, los segundos tenientes Camilo Alonso Vega y Francisco Franco Salgado-Araujo, la ansiedad no conoció límites. Movieron, a través de don Nicolás, todas las influencias posibles en Madrid; escribieron directamente a su coronel, quien les reclamó a principios de 1912, un año relativamente tranquilo, en el que otros cinco tenientes de la XIV promoción caerían en los barrancos africanos. Por fin llega la noticia ansiada a primeros de febrero de ese año. El 6 de febrero se firma la orden del Ministerio de la Guerra por la que Franco y sus dos amigos son destinados a Melilla en situación de excedentes, es decir, a disposición del alto mando militar. Cuando llega el telegrama, los tres muchachos no pueden reprimir su impaciencia y se embarcan, con fuerte marejada, en el carguero de cabotaje *Paulina*, que les deja en La Coruña, donde toman el primer correo para Madrid y Málaga. El 12 de marzo de 1912, los tres segundos tenientes de Galicia desembarcan en el muelle exterior de Melilla y se dirigen a la Comandancia. Comienza así la larga carrera africana de Francisco Franco, cuando, por primera y única vez, dos docenas de compañeros de promoción habían logrado ya su ascenso por méritos de guerra antes que él. Tres meses antes había cumplido diecinueve años.

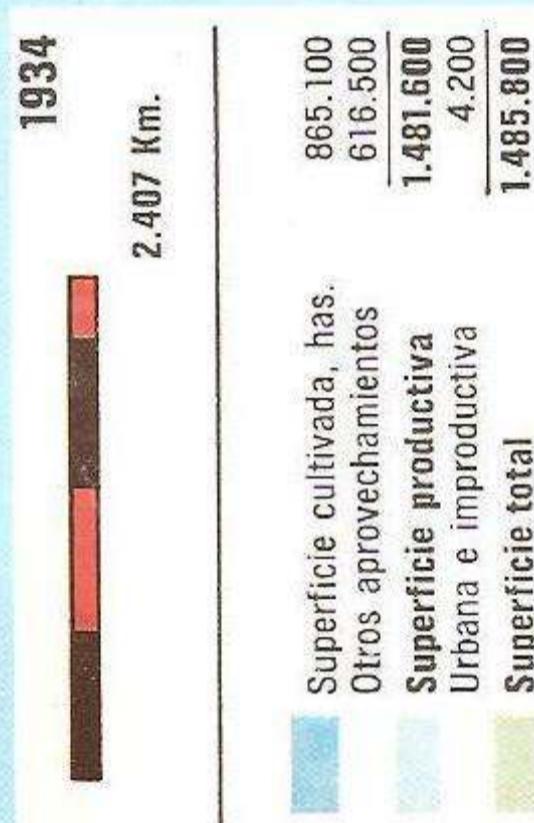


Estampa fin de siglo de la plaza Mayor.

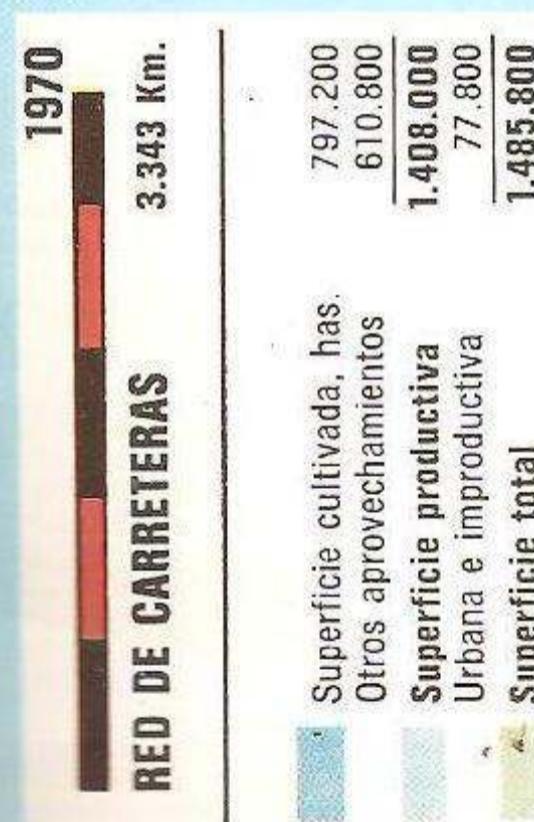
1890



1936



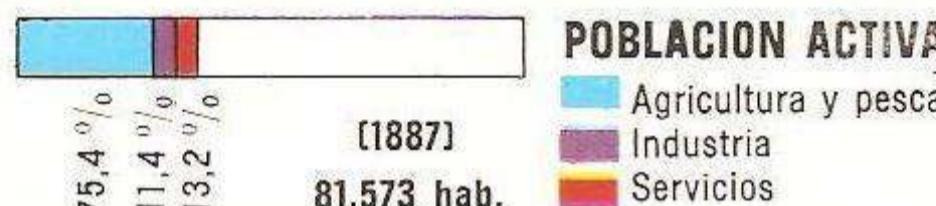
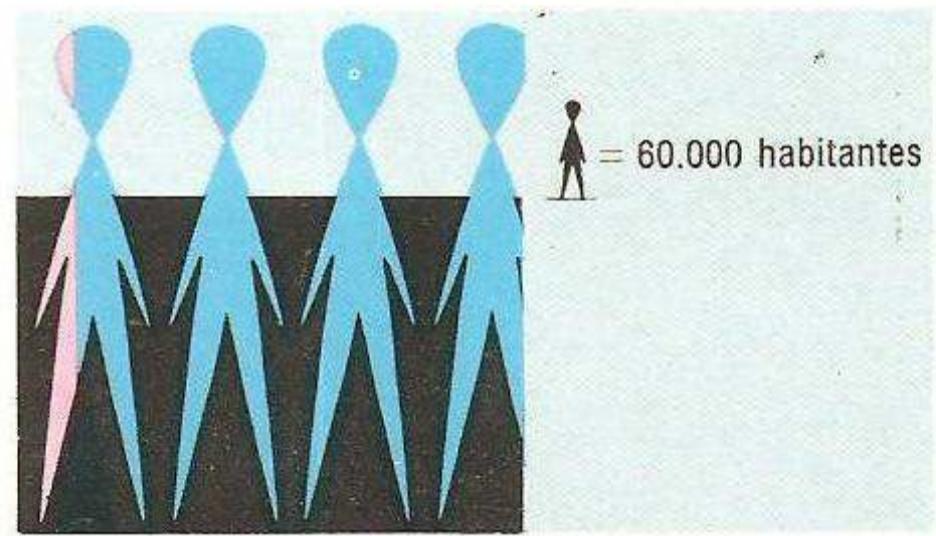
1970



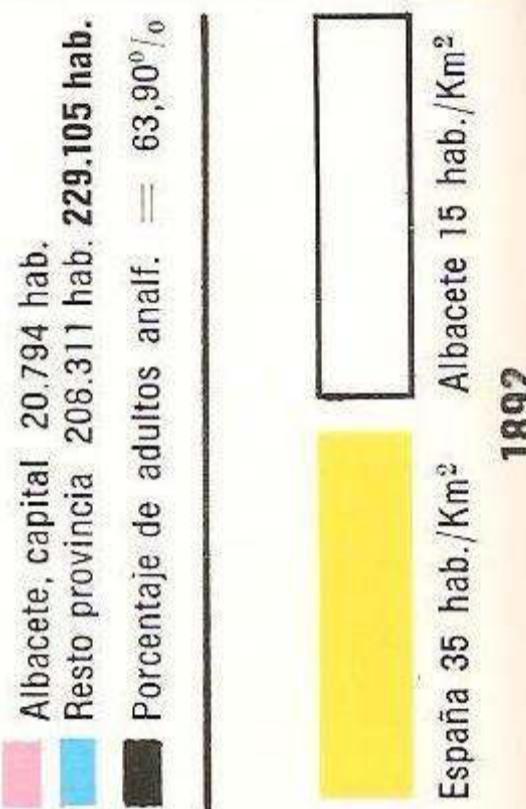
Albacete es una de las provincias españolas que registran en el periodo 1936-1970, un imperceptible crecimiento demográfico, mientras que sus capitales aumentan de población —en este caso, a más del doble—, a causa, principalmente, de una corriente permanente de emigración del campo a otras provincias más favorecidas económicamente o a la ciudad, con lo que se acentúa el desequilibrio demográfico entre ésta y las zonas rurales, en vías de despoblación.

En el suelo agrícola se observa, tanto en superficie productiva como en cultivada, un máximo de extensión en 1936 respecto a los dos años límite. La mecanización del campo ha compensado, en parte, la despoblación rural, racionalizando las explotaciones, aún a costa de dejar baldíos terrenos antes cultivados con bajo rendimiento. Alba-

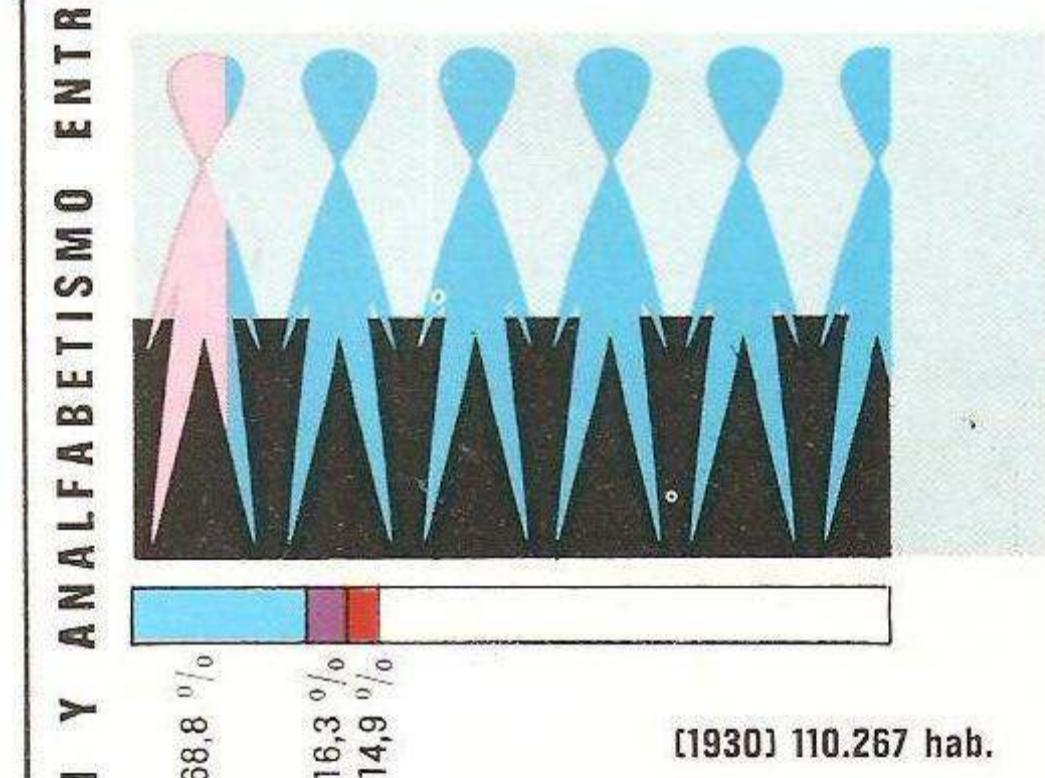
POBLACION Y ANALFABETISMO ENTRE ADULTOS



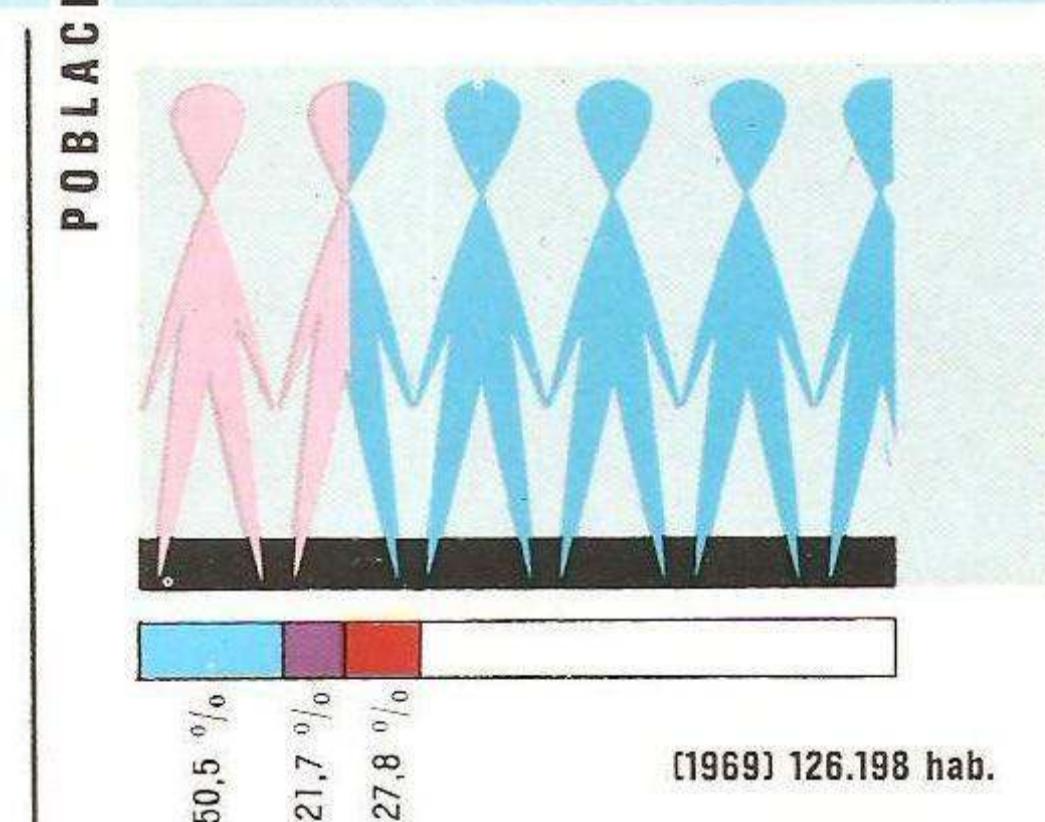
1892



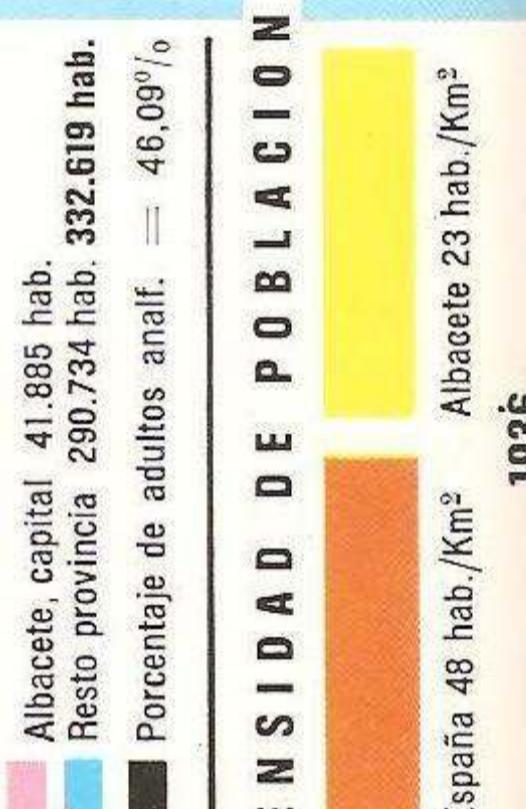
1936



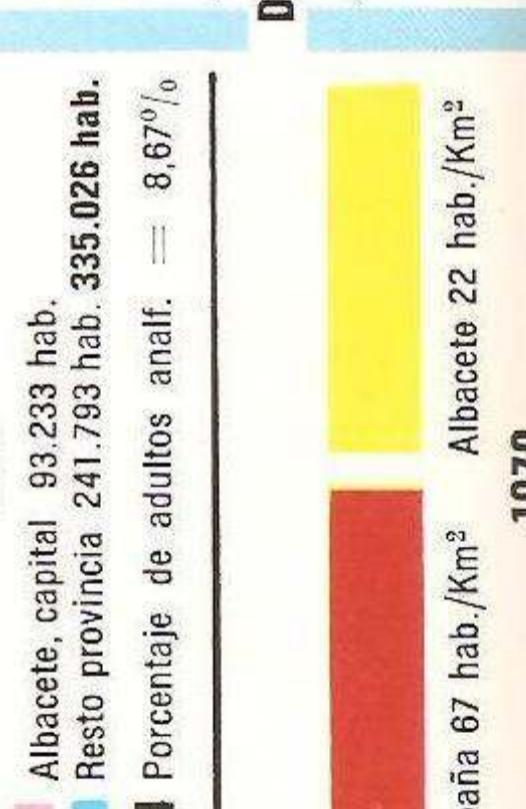
1970



1936



1970



cete se clasifica en el grupo de provincias claramente latifundistas, con un 57 % de su superficie productiva repartida en grandes explotaciones, factor que, junto a un clima riguroso, también condiciona el desarrollo de la agricultura y la emigración rural.

La renta *per capita* provincial (35.724 ptas. corrientes en 1969), que ocupa el lugar 41.º por provincias, es bastante inferior a la media nacional (54.800 ptas.) e inclusive ha descendido de posición en relación a 1949, año en que ocupaba el puesto 37.º con 3.453 ptas. corrientes frente a las 4.200 de media nacional.

Albacete intenta recuperarse de esta posición de inferioridad con la creación de un polo de desarrollo de iniciativa privada que está empezando a ponerse en marcha. Su industria cuchillera, aunque de volumen moderado, tiene tradición y renombre nacional e internacional.

Albacete 1970: la salida hacia Levante.



1000 lei

FRANCO Y ALBACETE



Franco en Albacete, 1963.



Parador Nacional de Turismo próximo a la capital.



La nueva estación ferroviaria de Albacete.



Moderna presa del Cenajo.



Peñas de San Pedro: una ardua etapa en el trasvase del Tajo al Segura.



Ambulatorio de la Seguridad Social.

